

regresó á Lourdes para asistir á las fiestas que allí se verificaron para celebrar el quincuagésimo aniversario de las apariciones de la Virgen Inmaculada. El P. Soubirous celebró el Santo Sacrificio, al cual asistieron muchos miembros de su familia, el 11 de Febrero de 1908 en el altar de la gruta.

El Papa y la música sagrada—En cierta ocasión dijo el Sumo Pontífice, refiriéndose á la música sagrada, lo siguiente: "Puede ser que el empleo de voces femeninas no ofrezca inconvenientes en algunos casos; pero el Papa mira en conjunto el mundo cristiano, y el asunto tiene tantos peligros, que no autorizaremos el ensayo en ningún país. Hay un medio que se ha puesto en práctica en algunos lugares de Italia, Francia y Alemania. Consiste en dar manuales de canto gregoriano á los fieles — hombres y mujeres — después de que éstos han sido instruídos en la materia. La Santa Sede admite así la alianza de todas las voces."

Nueva Catedral—Se ha verificado en Londres la consagración solemne de la nueva Catedral católica de Westminster. Al día siguiente celebró de Pontifical el Illmo. Sr. Arzobispo Bourne. Asistieron catorce Obispos y muchos sacerdotes. Así conmemoraron aquellos Prelados el sexagésimo aniversario del restablecimiento de la jerarquía católica en Inglaterra.

La mala prensa—En una junta que los católicos de Beascon tuvieron para acordar el modo de impedir los estragos causados por la mala prensa, decía Monseñor Fauthey, Obispo de aquella Diócesis: "En más de una ocasión, al viajar en los trenes he visto caballeros que después de leer periódicos malos se disculpaban diciendo que lo habían hecho únicamente por pasar el tiempo. Otra vez vi una señora que rezaba devotamente el Santísimo Rosario; luego sacó un periódico malo y se puso á leerlo con la mayor tranquilidad, como si por el hecho de viajar fueran lícitas las malas lecturas. Recomendamos que por ningún motivo, ni directa, ni indirectamente favorezcáis los malos periódicos. No los compréis ni los leáis nunca."

República de Colombia (Bogotá)

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

Año V—Vol. V { Agosto 15 de 1910 } Núms. 14-15

S. RITUUM CONGREGATIO

(De usu kalendarii pro Regularibus, qui parœciam administrant)

R. Episcopus Secoviensis a S. R. C. petit solutionem sequentis dubii:

¿An Regulares, qui parœciam in diœcesi administrant, sive Ecclesia parochialis sit Monasterio incorporata sive non, teneantur in Missis servare kalendarium Ordinis, an kalendarium diœcesanum?

Et S. R. C. . . . ita respondendum censuit: Si parœcia sit Monasterio vel Domui Religiosæ incorporata, aut ejusdem Monasterii seu Domus curæ in perpetuum vel indefinitum tempus concedita, vel Communitas apud ipsam parochialem Ecclesiam Divina peragat Officia, in Missis kalendarium Religiosorum semper adhibeatur; secus item in Missis kalendarium diœcesanum semper servetur.....

Atque ita rescripsit, die 22 Aprilis, 1910.

Fr. S. Card. MARTINELLI, Præf.

Petrus La Fontaine, Ep. Charyst. Secretarius.

S. CONGREGATIO CONSISTORIALIS

I

(De competentia circa taxas Curiarum Episcopaliū)

Propositum fuit huic S. C. C. dubium: Utrum post Const. *Sapienti Consilio* adhuc spectet ad S. C. Concilii adprobare taxas Curiarum Episcopaliū, nec non dirimere quæstiones omnes, quæ ad eas referuntur; an vero hæc facultas reservanda sit huic S. C. Consistoriali.

Emmi. Patres..... respondendum censuerunt: Affirmative ad primam partem; negative ad secundam.

Die 21 Aprilis, 1910.

C. Card. DE LAI, Secretarius.

Scipio Tecchi, Adressor.

II

(Circa privilegium deferendi pileolum violacei coloris Episcopis concessum)

Propositum fuit S. C. Consistoriali dubium utrum Episcopi, etiam in sacris functionibus, absque speciali indulto, uti possint privilegio deferendi pileolum violacei coloris concessio a f. r. Pio IX per apostolicas litteras 17 Junii 1867 incipientes *Ecclesiarum*.

..... Sanctitas Sua..... mandavit ut declaretur, eos posse a die in qua a Summo Pontifice electi sunt, quamvis consecrationem episcopalem nondum susceperint; idque dum sacris operantur, non tamen a Præfatione usque ad susceptum Corpus et Sanguinem Christi Domini, ac dum divinis officiis sacrisque ritibus intersunt.

Die 2 Maji, 1910.

C. Card. DE LAI, Secretarius.

Scipio Tecchi, Adressor.

ULTIMA ENCICLICA DE LEON XIII

Á TODOS LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS DEL ORBE CATÓLICO

Venerables Hermanos, salud y bendición apostólica.

Al entrar en el año vigésimoquinto de nuestro ministerio apostólico, maravillado Nós mismo de lo largo del camino que en medio de arduas é incansables solicitudes hemos recorrido, sentimosnos naturalmente movido á levantar el pensamiento á la bienhechora Providencia que, entre otros muchos favores, se ha servido otorgarnos un Pontificado de tanta duración como hay pocos en la historia. Al Padre, pues, de todos los hombres, al que tiene en sus manos el secreto de la vida, se alza, con espontáneo movimiento de nuestro corazón, el himno de nuestro reconocimiento. Ciertó que no es dado á la mirada del hombre penetrar hasta el fondo del designio divino que ha prolongado más allá de toda esperanza nuestra ancianidad, y así no podemos hacer otra cosa que adorarlo en silencio; pero hay una cosa que no podemos ignorar, y es que si el Señor ha querido y aún quiere conservarnos la existencia, nos incumbe el deber altísimo de emplearla toda en el bien y acrecentamiento de su esposa inmaculada, la Iglesia, y sin acobardarnos por las dificultades y fatigas, consagrarle el resto de nuestras fuerzas hasta el último aliento.

Pagada así la deuda de justa gratitud á nuestro Padre que está en el Cielo, á quien sea el honor y la gloria en toda la eternidad, nos es muy grato dirigir el pensamiento y la palabra á vosotros, Venerables Hermanos; quienes, llamados por el Espíritu Santo á gobernar porciones escogidas del rebaño de Cristo, entráis á la parte

con Nós en los combates y en los triunfos, en los dolores y en las alegrías del ministerio pastoral. No, no se nos borrarán jamás de la memoria las numerosas y preclaras manifestaciones de religiosa veneración que en el curso de nuestro Pontificado nos habéis ofrecido, renovadas con tierna emulación en las circunstancias presentes. Tales muestras de afecto han apretado más los lazos que por el deber de nuestro oficio y por nuestro amor paternal nos unen á vosotros, y nos son en gran manera placenteras no tanto por lo que se refiere á nuestra persona, cuanto por el alto significado que entrañan y por la adhesión que testifican á esta Silla Apostólica, centro y sostén de todas las otras Sedes del mundo católico. Si fue siempre necesario que todos los grados jerárquicos de la Iglesia se mantuviesen fuertemente unidos por el afecto de la caridad recíproca y por la conformidad en los designios, formando un solo corazón y una sola alma, esta unión se ha hecho más indispensable en nuestros tiempos, cuando una conjuración vastísima de fuerzas hostiles se empeña en derribar y aniquilar la grande obra de Jesucristo, procurando con desmedida pertinacia destruir en el orden intelectual el tesoro de las verdades reveladas y derrocar en el orden social las más santas y saludables instituciones cristianas. Todo esto lo sabéis vosotros muy bien, lo estáis palpando todos los días, como que en más de una ocasión nos habéis expuesto vuestros sobresaltos y angustias al ver el sinnúmero de prejuicios, de errores, de falsos sistemas que se esparcen á mansalva entre las muchedumbres. ¡Qué de asechanzas no se ponen por doquiera á las almas creyentes! ¡Cuántos obstáculos no se suscitan á cada paso con el objeto de debilitar, y si posible fuera, anular la acción benéfica de la Iglesia. Y luego, como para añadir al agravio la burla, se le hace á la Iglesia misma el cargo de que no acierta á recobrar su virtud

antigua, de que es impotente para poner dique á los crecientes y amenazadores desbordes de las pasiones.

Querriamos, Venerables Hermanos, hablaros de algún asunto menos triste y que estuviera más en consonancia con la feliz ocasión que nos mueve á dirigiros la palabra; pero no lo consienten ni las graves pruebas de la Iglesia, que demandan con instancia un inmediato socorro, ni la condición de la sociedad contemporánea que, ya profundamente quebrantada en lo moral y en lo material, se encamina por el abandono de las grandes tradiciones cristianas á desventuras todavía mayores, puesto que una ley de la Providencia, confirmada por la historia, nos está demostrando que es imposible atentar á los grandes principios religiosos, sin conmover al mismo tiempo las bases en que reposan el orden y la prosperidad sociales. En tales circunstancias, para ver de infundir aliento y fe y valor en las almas, queremos estudiar en su origen, en sus causas, en sus múltiples formas, la guerra encendida en daño de la Iglesia, poniendo de manifiesto sus consecuencias funestas y señalando sus remedios. Resuene, pues, muy alto nuestra palabra, aunque no sea sino para recordar verdades ya muchas veces afirmadas; oíganla no solamente los devotos hijos de la unidad católica, sino también los disidentes y aun los que desgraciadamente carecen de la fe, pues que todos ellos son hijos de un mismo Padre y están llamados á un mismo fin; sea acogida como el testamento que, á la corta distancia que nos separa de la eternidad, queremos legar á las gentes, en prenda y señal de la salud que les deseamos.

La Santa Iglesia de Cristo tuvo en todo tiempo que combatir y padecer por la verdad y la justicia. Instituida para propagar en todo el mundo el reino de Dios y conducir al decaído linaje humano, alumbrándolo con las luces de la ley evangélica, á su destino sobrenatural, ó

sea á la posesión de aquellos bienes imperecederos que Dios nos tiene prometidos, pero que no podemos alcanzar con las solas fuerzas de nuestra naturaleza, no podía menos de tener por contrarios, en el desempeño de su misión, á todas las pasiones que proceden de la caída y corrupción originales, es decir, al orgullo, á la codicia, al amor desenfrenado de los goces terrenos, con todos los vicios y desórdenes que de aquí se derivan, todos los cuales hallaron siempre en la Iglesia el freno más poderoso.

Por lo demás, las persecuciones no tienen por qué causarnos asombro, sabiendo, como sabemos, que el Divino Maestro las predijo y que ellas deben durar cuanto dure el mundo. Sabido es lo que les anunció á sus discípulos cuando les envió á predicar su doctrina á todas las naciones: «Seréis perseguidos, les dijo, de ciudad en ciudad; seréis aborrecidos y vilipendiados por causa de mi nombre; seréis llevados ante los tribunales y condenados á los últimos suplicios.» Y para animarles á soportar valerosamente estas penalidades les puso delante su propio ejemplo, diciéndoles: «Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció á mí antes que á vosotros: *Si mundus vos odit, scitote quia me priorem odio habuit.*» Estos son los goces, estas las recompensas que Cristo nos ofrece para esta vida.

A quienquiera que aprecie las cosas con criterio justo y desapasionado, tiene que parecerle inexplicable la causa de semejante odio. Porque, ¿cómo pudo merecerlo el Salvador del mundo, ni en qué agravio jamás á nadie? A impulsos de su infinita caridad vino á la tierra; enseñó una doctrina inmaculada, la más consoladora, apta como ninguna para unir á los hombres en paz y amor fraternales; no ambicionó los honores y grandezas de este mundo, ni usurpó los derechos de nadie, antes se mostró siempre piadoso con los desvalidos, los enfermos, los indigentes, los pecadores, y pasó por el mundo derramando con larga

mano sus beneficios entre los mortales. Exceso fue, pues, de la humana malicia, y exceso tanto más deplorable cuanto más injusto, el que Jesucristo viniese á ser de veras blanco de las contradicciones, como lo vaticinó Simeón: *Signum cui contradicetur.* (1)

¿Y habríamos de extrañar, después de esto, que la Iglesia Católica, continuadora de la misión divina de Jesucristo é incorruptible depositaria de su verdad, haya tenido que correr la misma suerte que su Fundador? El mundo no cambia y al lado de los hijos de Dios se hallan perpetuamente en él los secuaces del grande enemigo del género humano, de aquel que, rebelde al Altísimo desde el principio, es apellidado en el Evangelio príncipe de este mundo; y de aquí es que, en presencia de la ley divina y de quienes en nombre de Dios la predicán, el mundo, poseído de orgullo desmesurado, siente que hierve en sus entrañas y se rebela el espíritu de una independencia á la cual no tiene ningún derecho. ¡Ah! cuántas veces en épocas más agitadas se vio á los enemigos de la Iglesia, con crueldad inaudita, con descarada injusticia y con daño evidente de la sociedad, coligarse para la insensata empresa de destruir la obra divina! Si una forma de persecución resultaba ineficaz, ensayaban otras nuevas. Por tres largos siglos el Imperio Romano, abusando de la fuerza bruta, cubrió con los cadáveres de nuestros mártires todas sus provincias, y empapó con la sangre de ellos el suelo de esta Roma sagrada; más tarde la herejía, ya disimuladamente, ya á cara descubierta, empleó todo género de sofismas y artificios para turbar la paz de la Iglesia y romper su unidad. Desencadenáronse en seguida, á modo de tempestad devastadora, las hordas de los bárbaros por el Norte, y por el Mediodía, el islamismo, dejando en

(1) Luc., II, 34.

pos de sí los campos yermos y sembrados de ruinas. Y trasmitiéndose de siglo en siglo, la triste herencia del odio contra la esposa de Cristo, surgió luego un cesarismo tan suspicaz como pujante, envidioso de la grandeza ajena, por más que cediese en provecho de la suya propia, el cual se empeñó con incesantes asaltos en apoderarse de los derechos de la Iglesia y conculcar su libertad. ¡De cuántas angustias se vio entonces cercada! ¡Cuán inexplicables eran los dolores que la abrumaban! Y sin embargo, á despecho de todos los obstáculos, violencias y persecuciones, dilatando siempre el ámbito de su pacífica dominación, salvando el glorioso patrimonio de las artes, de las ciencias, de las letras y haciendo penetrar profundamente el espíritu del Evangelio en el organismo de la sociedad humana, creó, de todo en todo, aquella civilización que se llamó cristiana, y que dio á las naciones que aceptaron su benéfico influjo, la equidad de las leyes, la suavidad de las costumbres, la protección de los débiles, la compasión para con los pobres y desgraciados, el respeto á la dignidad y á los derechos de todos los hombres, y de consiguiente, y en cuanto lo permiten las vicisitudes humanas, aquel reposo de la vida social que se deriva de un acertado temperamento entre la justicia y la libertad.

No obstante estas pruebas tan patentes, tan repetidas y tan sublimes de su intrínseca bondad, hemos visto á la Iglesia, en épocas más vecinas de la nuestra, tan rudamente combatida, como en los tiempos medios y en los antiguos, y de una manera, si cabe, todavía más amarga y dolorosa. Nacida de un conjunto de causas históricas, harto conocidas, la llamada Reforma del siglo XVI, enarbolando el estandarte de la revuelta, procuró, desde luego, herirla en el corazón, haciendo guerra cruda al Pontificado; y roto el vínculo de la antigua unidad de fe y de jurisdicción que juntaba á los pueblos en un solo redil y

bajo un mismo Pastor, y que adunando sus propósitos centuplicaba su poderío, su prestigio y su gloria, introdujo entre las naciones cristianas una separación lamentable y perjudicial. No queremos decir con esto que desde el principio de aquel movimiento se tuviese en mira el desterrar del mundo el dominio de las verdades sobrenaturales; pero, desconociendo por una parte la supremacía de la Iglesia Romana, causa eficiente y conservadora de la unidad, y proclamando por otra el principio del libre examen, se socavaron los cimientos del edificio divino y se abrió la puerta á infinitas variaciones, dudas y negaciones, aun sobre materias de suma trascendencia, y con tal exceso, como no alcanzaron á prever los mismos novadores.

El filosofismo presumido y chocarrero del siglo XVIII pasó aún más adelante. Hizo escarnio de las escrituras divinas y repudió el conjunto total de las verdades reveladas, con el intento de arrancar de la conciencia de las naciones toda creencia religiosa y ahogar en ellas hasta el último aliento del espíritu cristiano. De estas fuentes salieron los sistemas funestos y perniciosos del racionalismo y panteísmo, del naturalismo y materialismo, los cuales hacen revivir, bajo nuevas formas, errores antiguos, victoriosamente confutados ya por los Padres y apologistas de los tiempos cristianos; de manera que los hombres soberbios de la edad moderna, confiando demasiado en sus propias fuerzas, se han visto heridos de ceguedad y reducidos á apacentarse, como los gentiles, solamente de quimeras aun en lo que concierne á los atributos del alma humana y al glorioso privilegio de su inmortalidad.

La guerra contra la Iglesia asumió de este modo un aspecto de mayor gravedad, no menos por la vehemencia que por la universalidad de los ataques. Porque la moderna incredulidad no se limita ya á negar ó poner en duda al-

guna ó algunas de las verdades de la fe, sino que impugna el conjunto de los principios que la revelación establece y que corrobora la sana filosofía, principios sacratísimos y fundamentales, que muestran al hombre el fin supremo de su existencia, lo mantienen en la observancia del deber, le infunden valor y resignación y, dejándole entrever para más allá del sepulcro una justicia incorruptible y una beatitud perfecta, le enseñan á subordinar el tiempo á la eternidad, las cosas terrenas á las celestiales. ¿Y qué es lo que se pone en lugar de estos dictámenes sapientísimos, de estos consuelos incomparables de la fe? Un escepticismo espantoso que hiela los corazones y ahoga en ellos toda aspiración generosa.

Tan desatentadas doctrinas han pasado, como vosotros lo veis, Venerables Hermanos, del campo de las ideas al de las costumbres, é invadido los dominios de la vida pública, de modo que grandes y poderosos Estados se empeñan en reducirlas á la práctica, creyendo que por esa vía promueven los progresos de la civilización. Y como si no fuese cierto que el Estado ha de acoger y reflejar en sí cuanto hay de más sano en la vida moral, se consideran exentos de la obligación de honrar á Dios públicamente; y con mucha frecuencia sucede que, declarándose indiferentes con respecto á todas las religiones, se convierten de hecho en perseguidores de la única Religión establecida por Dios.

De este sistema de ateísmo práctico tenía que seguirse y se siguió en efecto una honda perturbación en el orden moral, ya que la Religión, como llegaron á entenderlo aun los sabios famosos de la antigüedad pagana, es el más firme asiento de la justicia y la honestidad. Así que, deshechos los vínculos que unen al hombre con Dios, legislador absoluto y universal, no queda sino un fantasma de moral puramente civil, ó, como suelen llamarla,

independiente, la cual, prescindiendo de la razón eterna y de los preceptos divinos, conduce de suyo y por una manera inevitable á la última y fatal conclusión de constituir como única ley del hombre al hombre mismo. Y no pudiendo éste alzarse ya á los bienes de arriba en alas de la esperanza cristiana, corre en pos de una felicidad meramente terrena, formada por los goces y comodidades de esta vida, con que se avivan en él la sed de los placeres, la codicia de las riquezas, el ansia de logros inmoderados y rápidos, aunque para conseguirlos haya de atropellarse la justicia; se inflaman sus ambiciones, y en el desaforado empeño de satisfacerlas, echa mano de cualesquiera medios, por ilícitos que sean. De aquí se engendra al fin el desprecio de las leyes y de la autoridad pública y una general soltura de costumbres, que trae consigo la decadencia de la civilización.

Y que no exageramos al referir las tristes consecuencias de tan lamentables trastornos, dicelo muy claro la realidad que tenemos delante de los ojos, la cual confirma demasiado nuestras aserciones y demuestra que, si á tiempo no se precave el daño, las bases mismas del vivir social vacilarán, quedando desquiciados y bamboleantes hasta los soberanos principios del derecho y de la moral eterna. De aquí los graves perjuicios que han tenido que soportar todas las partes del cuerpo social, comenzando por la familia. Porque el estado laico, sin parar mientes ni en los límites ni el fin esencial de su autoridad, ha extendido la mano para profanar el vínculo conyugal, despojándolo de su carácter; ha menoscabado, cuanto le ha sido posible, el derecho natural de los padres en lo tocante á la educación de su prole, y en muchos lugares ha destruido la estabilidad del matrimonio, dándole sanción legal á la institución licenciosa del divorcio. Y nadie ignora cuáles son los frutos de semejantes usurpaciones, pues

se han multiplicado sobre toda ponderación los matrimonios concertados tan sólo al impulso de innobles pasiones, disueltos, por consiguiente, en breve plazo y que acaban, ahora en trágicos acontecimientos, ahora en infidelidades escandalosas; y cuenta que nada decimos de los hijos inocentes, ó abandonados ó pervertidos, unas veces por los malos ejemplos de sus padres, otras por el veneno que el Estado, oficialmente ateo, les propina.

Junto con la familia se halla en peligro el orden social y político, mayormente por efecto de las nuevas teorías que alteran el genuino concepto de la soberanía, señalándole un falso origen. Si se admite que la autoridad que gobierna procede formalmente del consentimiento de las multitudes y no de Dios, principio supremo y eterno de toda potestad, pierde ella á los ojos de los súbditos su más augusto carácter y degenera en una soberanía artificial, asentada sobre un fundamento tan inseguro y mudable, como son las voluntades de los hombres. Y ¿quién no ve los resultados de este error en las leyes, que con demasiada frecuencia, en vez de ser la *razón escrita*, no representan sino la fuerza del número y el querer preponderante de un partido político? Por esta misma razón haláganse los apetitos depravados del vulgo, se da rienda suelta á las pasiones populares, aun cuando vayan á perturbar las labores pacíficas de los ciudadanos, salvo, eso sí, el recurrir luego, en los casos extremos, á represiones rigurosas y aun sangrientas.

Repudiadas las influencias cristianas, en las que alienta la virtud de hacer hermanables á las gentes y formar de ellas como una gran familia, prevaleció en el orden internacional un sistema de egoísmo y de recelo por el cual se miran unas á otras las naciones, si no con rencor, á lo menos con una desconfianza propia de rivales. De donde se sigue que en sus empresas se sien-

ten fácilmente inducidas á echar en olvido el alto concepto de la moralidad, á no hacer caso del amparo que merecen los oprimidos y los débiles; y, deseosas únicamente de acrecentar sin medida las riquezas nacionales, no miran sino á la utilidad de los resultados, á las probabilidades de buen éxito, á la fortuna de los hechos consumados, en la seguridad de que no hay en el mundo quien vuelva por los fueros del derecho y las oblique á respetarlo. Criterios funestos que erigen la fuerza material en ley suprema del mundo y á los cuales se debe el aumento progresivo y exorbitante de los aprestos militares, ó sea la paz armada, cuyos efectos pueden equipararse por varios conceptos á los más desastrosos de la guerra.

La malhadada perturbación moral ha sido semilla de inquietud, de malestar, de espíritu de rebeldía y contumacia en las masas populares, y de ahí las turbulencias y los desórdenes frecuentes, presagio de tempestades todavía más formidables. La mísera condición en que yace gran parte de la gente menuda, dignísima, por cierto, de redención y socorro, sirve á maravilla para los designios de astutos agitadores y señaladamente de las facciones socialistas, las cuales por medio de las falaces promesas que hacen á la plebe, se encaminan á la realización de planes que no pueden ser más detestables.

Y porque el que se precipita por una pendiente tiene necesariamente que llegar al fondo de la sima, sucede que la lógica, vengando los agravios inferidos á los principios, ha criado en nuestros días una verdadera liga de criminales, de instintos en un todo salvajes, que desde sus primeras manifestaciones llenó al mundo de espanto y, merced á su sólida constitución y á sus ramificaciones internacionales, se halla hoy en capacidad de le-

yantar, donde le plazca, la diestra homicida, sin temer ningún estorbo, ni retroceder ante ningún atentado. Sus adeptos, declarándose desligados del consorcio civil, de las leyes, de la Religión, de la moral, toman el nombre de *anarquistas* y se proponen, valiéndose de cuantos medios les puede sugerir una pasión ciega y feroz, nada menos que arruinar por entero el organismo social. Y como éste recibe unidad y vida de la autoridad que lo rige, por eso la autoridad es el blanco á que principalmente asestan sus tiros. ¿Quién no se horroriza y estremece de lástima, al par que de indignación, cuando ve acometidos y villanamente asesinados, en el espacio de unos pocos años, emperadores y emperatrices, reyes y jefes de repúblicas florentísimas, sin otro motivo que el de hallarse investidos de la autoridad soberana?

Ante el cúmulo de los males presentes y de los peligros que amenazan, es deber nuestro amonestar de nuevo y suplicar, como lo hacemos, á todos los hombres de buena voluntad, y más á los que ocupan más altos puestos, á que reflexionen sobre los remedios que la situación demanda, y los pongan en práctica sin retardo y con previsorá energía. Ante todo, es menester averiguar cuáles son ellos y examinar su valor. Muchas veces hemos oído levantar sobre las nubes los beneficios de la libertad, engrandeciéndola como un remedio soberano, como instrumento incomparable de paz fecunda y de prosperidad. Pero los hechos demostraron que estaba muy lejos de poseer la eficacia que se le atribuía. Conflictos económicos, competencias entre las clases surgen por todas partes, y aún no se alcanzan á ver ni asomos de una vida civil, ordenada y tranquila. Además que, como cualquiera puede verlo, la libertad, según la entienden hoy, es decir, otorgada por igual á la verdad y al error, al bien y á su contrario, no pue-

de hacer otra cosa que rebajar cuanto hay de noble y santo y generoso, y allanar el camino á los delitos, á los suicidios, al desahogo de execrables pasiones.

Dijose también que el perfeccionamiento de la instrucción, haciendo más cultas é ilustradas á las clases populares, las preservaría de malsanas tendencias y contribuiría á mantenerlas dentro de los términos de la rectitud y la honradez. Desgraciadamente la despiadada realidad nos está haciendo tocar, como con la mano, á dónde va á parar la instrucción cuando no la acompaña y sazona una sólida educación religiosa y moral. Las inteligencias juveniles, á causa de la inexperiencia y del hervor de las pasiones, se dejan fácilmente seducir por el hechizo de máximas perversas, particularmente de las que el periodismo indisciplinado no se ruboriza de sembrar á manos llenas, y que, depravando el entendimiento y la voluntad, alimentan aquel espíritu de arrogancia é insubordinación, que altera tan á menudo la paz de las familias y de los Estados.

No poca confianza se puso en los progresos y los descubrimientos científicos, y en verdad que el último siglo los vio muy grandes, inesperados, de todo punto asombrosos. ¿Pero hemos cosechado de veras unos frutos tan abundantes, tan llenos, tan sabrosos como se deseaban y aguardaban? El vuelo que han tomado las ciencias experimentales ha abierto ciertamente nuevos horizontes al entendimiento, ha ensanchado el dominio del hombre sobre la naturaleza corpórea y ha contribuido de muchas maneras á acrecentar las comodidades de la vida terrena. Esto no obstante, todos sienten y muchos confiesan que los resultados no igualan ni con mucho á las esperanzas. Ni puede afirmarse otra cosa si se atiende al estado de los ánimos y de las costumbres, á los sordos rumores que suben de abajo, al predominio de la fuerza sobre el derecho. Sin

hacer mención otra vez de las multitudes de proletarios, basta una ojeada superficial para convencernos de que una indefinible tristeza cobija á las almas, y atormenta á los corazones un vacío incolmable. El hombre se enseñoreó de la materia, pero ésta no ha podido darle lo que no tenía; las grandes cuestiones que se refieren á sus más altos destinos no ha sido capaz de resolverlas la ciencia humana; la sed de verdad, de virtud, de lo infinito, no se ha apagado, y ni la tierra, embellecida y llena de riquezas, ni los goces de la vida, en gran manera acrecentados, han sido parte á apaciguar la inquietud de las almas.

¿Habremos, por tanto, de mirar con desvío ó despreciar las conquistas de la cultura, del saber, de la civilización y de una libertad moderada y racional? En manera alguna; antes hemos de tenerlas en grande estima, conservarlas y llevarlas adelante, como que son medios por su naturaleza buenos, queridos y ordenados por Dios para no pequeño provecho de la humana familia. Sino que en el uso de ellos debe mirarse á las intenciones del Creador y procurar que no anden jamás divorciados del elemento religioso, único en quien reside la virtud que los avalora y hace fecundos. Aquí está cabalmente el secreto del problema. Cuando un sér orgánico se marchita y decae, es que ha cesado la acción de las causas que le dieron forma y consistencia; y en ese caso no cabe duda que para devolverle la salud y la lozanía es menester restituirle el vital influjo de aquellas mismas causas. Ahora bien, la sociedad civil, en el desvariado empeño de emanciparse de Dios, rechazó lo sobrenatural é hizo caso omiso de la revelación divina, con lo cual se sustrajo á la vivificante influencia del cristianismo, perdiendo así la más sólida garantía del orden, el vínculo más fuerte de la fraternidad, el manantial inagotable de las virtudes públicas y privadas, y de esta insensata apostasía dependen las convul-

siones y trastornos sociales. Al seno del cristianismo debe, pues, tornar la descaminada sociedad, si en algo estima su bienestar, su salud y su reposo.

Así como el cristianismo no se apodera de un alma sin hacerla mejor, así tampoco entra en la vida pública de un Estado sin concertarla y vigorizarla; con la idea de un Dios pródigo, sabio, infinitamente bueno é infinitamente justo, hace penetrar en las conciencias el sentimiento del deber, mitiga los sufrimientos, apacigua los rencores é inspira el heroísmo. Si pudo transformar las naciones paganas, y aquella transformación fue un verdadero resucitar de muerte á vida, retirándose la barbarie al mismo paso que avanzaba el cristianismo, no hay duda que sabrá también encarrilar y poner de nuevo en orden los Estados y los pueblos modernos, después de los rudos sacudimientos que les ha causado la incredulidad.

Mas aún no está dicho todo: el retorno al cristianismo no sería remedio adecuado y completo, si no implica retorno y amor á la Iglesia una, santa, católica y apostólica. Porque el cristianismo se encarna y actúa en la Iglesia católica, sociedad soberanamente espiritual y perfecta, cuerpo místico de Jesucristo, cuya cabeza visible es el Pontífice Romano, sucesor del Príncipe de los Apóstoles. Ella es la continuadora de la misión del Salvador, la hija y la heredera de su redención; ella propagó en la tierra el Evangelio y lo defendió á costa de su sangre; ella, confiada en la promesa de la inmortalidad y de la asistencia divina, sin transigir jamás con el error, pone por obra el mandato de conservar íntegra la doctrina de Cristo hasta el fin de los siglos. Como maestra legítima de la moral evangélica, viene á ser no sólo la consoladora y salvadora de las almas, sino una fuente perenne de justicia y caridad, no menos que la propagadora y el baluar-

te de la verdadera libertad y de la única igualdad posible entre los hombres. Aplicando la doctrina de su Fundador, mantiene con atinado equilibrio dentro de sus justos límites todos los derechos y todas las prerrogativas de la colectividad social. La igualdad que ella proclama conserva intacta la distinción entre los varios órdenes sociales, distinción exigida por la misma naturaleza; la libertad que predica no es la anarquía de la razón emancipada de la fe y abandonada á sí misma; es una libertad racional que sabe respetar los derechos de la verdad, que son superiores á los suyos propios; los derechos de la justicia, que son superiores á los del número y la fuerza; los derechos de Dios, que son superiores á los del hombre.

NI es menos fecunda en bienes para el orden doméstico. Porque no sólo se opone á los artificios con que la licencia de los impíos atenta á la vida de la familia, sino que prepara y conserva la unión y la estabilidad del matrimonio, defendiendo y promoviendo su honestidad, fidelidad y santidad. Al propio tiempo refuerza y consolida el orden social, ya ayudando eficazmente á la autoridad, ya favoreciendo las reformas prudentes, las aspiraciones justas de los súbditos: inculcando, por una parte, el respeto y la obediencia á los príncipes, y amparando, por la otra, en todo caso, los derechos imprescriptibles de la conciencia humana. De esta manera los pueblos que obedezcan á la Iglesia se mantendrán siempre, gracias á ella, lejos de la servidumbre y del despotismo.

Conociendo, como conocemos, esta eficacia divina de la Religión Católica, nos hemos empeñado, con toda diligencia, desde el principio de nuestro Pontificado, en descubrir y poner de resalto los buenos y sanos intentos de la Iglesia, y en extender, cuanto fuese posible, junto con sus enseñanzas, el influjo de su acción saludable. A este fin han ido enderezados los principales actos de nuestro Pontifica-

do, señaladamente las Encíclicas sobre *la filosofía cristiana*, sobre *la libertad humana*, sobre *el matrimonio cristiano*, sobre *la secta de los masones*, sobre *los poderes públicos*, sobre *la constitución cristiana de los Estados*, sobre *el socialismo*, sobre *la cuestión obrera*, sobre *los principales deberes de los ciudadanos cristianos* y sobre otros asuntos análogos. Deseo ardentísimo de nuestro corazón ha sido no tan sólo ilustrar las inteligencias, sino también mover y purificar los corazones, y así hemos dirigido nuestros conatos á hacer que relorezcan entre los pueblos las virtudes cristianas. No hemos cesado, por lo mismo, de levantar los ánimos, con nuestras exhortaciones y consejos, á los bienes que no acaban jamás, procurando ordenar el cuerpo al espíritu, el hombre á Dios, la peregrinación de esta vida á la beatitud de la eterna. El Señor ha bendecido nuestra palabra, y ella ha contribuido á afianzar las convicciones de muchos, á darles luz en las arduas cuestiones de la época presente, á aguijonear su celo, y, finalmente, á crear y adelantar no pocas obras que surgieron y aún siguen surgiendo en diversos países para beneficio especialmente de las clases desvalidas, renovando aquella caridad cristiana que ve en el pueblo el campo predilecto de sus labores. Si la mies no ha sido más copiosa, adoremos, Venerables Hermanos, los altos juicios de Dios, y roguémosle al mismo tiempo que se apiade de la ceguedad de tantos, á quienes desgraciadamente se les pueden aplicar las temerosas palabras del Apóstol: *deus hujus sæculi excecavit mentes infidelium, ut non fulgeat illis illuminatio evangelii gloriæ Christi*, «el dios de este siglo ha cegado los entendimientos de los incrédulos para que no los alumbre la luz del Evangelio de la gloria de Cristo.»

Mientras que la Iglesia despliega su celo en provecho así moral como material de los pueblos, estos hijos de las tinieblas se yerguen rencorosos contra ella y no perdo-

nan medio alguno para deslustrar su hermosura y poner trabas á su acción vivificante y redentora. ¡Cuántos sofismas ponen en juego! ¡Qué de calumnias forjan y propagan! Uno de sus más pérfidos amañes consiste en denigrar á la Iglesia en el ánimo de las muchedumbres ignorantes y de los Gobiernos asustadizos y suspicaces, haciéndola aparecer como adversa á los progresos de la ciencia, como enemiga jurada de la libertad, como usurpadora de los derechos del Estado y mostrada á invadir los dominios de la política. Acusaciones estúpidas, repetidas mil veces y otras tantas desbaratadas por la razón, por la historia, por el testimonio unánime de los hombres honrados y amadores de la verdad.

¿La Iglesia enemiga de la ciencia y de la cultura? Ella vela ciertamente en la guarda del dogma revelado; pero su misma vigilancia la constituye en favorecedora benemérita de las ciencias y en madre y nodriza de toda cultura legítima. Nó, el abrirse la mente para recibir las revelaciones del Verbo, verdad suprema y principio original de todas las verdades, nunca ni bajo ningún concepto podrá ceder en menoscabo de los conocimientos racionales; antes por el contrario, las irradiaciones del mundo divino añadirán vigor y claridad al entendimiento humano, preservándole de errores y de congojosas incertidumbres en puntos de la mayor trascendencia. Además que diez y nueve siglos de gloria alcanzada por el catolicismo en todos los ramos del saber, bastan y sobran para patentizar lo falso de semejante aserción. A la Iglesia Católica le compete el mérito de haber dilatado y defendido la sabiduría cristiana, sin la cual el mundo estaría aún envuelto en las tinieblas de la superstición pagana, y se hallaría en el estado abyecto de la barbarie; á ella el honor de haber conservado los ricos tesoros de las letras y ciencias antiguas, haber abierto las primeras escuelas

para el pueblo y creado universidades que viven y aún florecen con celebridad en nuestros días, haber, finalmente, acogido bajo sus alas protectoras á los artistas más insignes é inspirado una literatura rica, gloriosa y sublime como ninguna.

¿Enemiga la Iglesia de la libertad? Ah! cómo se adultera este concepto, cómo se tuerce el significado de un vocablo que expresa una de las dádivas más preciosas de Dios, empleándolo para paliar y santificar el abuso y el libertinaje! Si por libertad se entiende la exención de toda ley y de todo freno, el derecho de proceder cada cual á su antojo, la Iglesia, sin duda alguna, reprueba semejante libertad y con ella la execrará toda conciencia honrada; pero si entendemos por libertad la facultad racional de obrar el bien amplia y desembarazadamente, de acuerdo con la norma de la ley eterna, en lo cual consiste, ni más ni menos, la libertad digna del hombre y provechosa á la sociedad, nadie la favorece más que la Iglesia, nadie la impulsa y protege como ella. Con la palabra y con la acción libertó á la humanidad del yugo de la esclavitud, predicando la gran ley de la igualdad y fraternidad humanas; tomó á su cargo, en todas las épocas, el patrocinio á los débiles y oprimidos contra la dominación arrogante de los fuertes; reivindicó con la sangre de sus mártires la libertad de la conciencia cristiana; restituyó al niño y á la mujer la dignidad que por naturaleza les compete, no menos que el consiguiente derecho al respeto y á la justicia, siendo por todo esto efficacísimo auxiliar en el establecimiento y conservación de la libertad civil y política de los pueblos.

¿Que la Iglesia le arrebatara al Estado sus derechos é invade el terreno de la política? Bien sabido tiene ella, y así lo enseña á las gentes, que su divino Fundador mandó dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de

Dios, sancionando con este precepto la distinción inmutable y perpetua entre las dos potestades, cada una de las cuales es soberana en su propia esfera; distinción fecunda, que tuvo parte tan señalada en el desenvolvimiento de la civilización cristiana. Ajena por el espíritu de caridad que la anima, de todo propósito hostil, no ambiciona otra cosa que vivir en paz con los poderes políticos, para ejercer su acción en el mismo sujeto que ellos, es decir, en el hombre y en la sociedad, pero con los medios y para los fines altísimos que cumplen á su misión divina. Fuera su cooperación aceptada sin recelo, y el mundo disfrutaría de las innumerables ventajas que hemos apuntado. El atribuirle miras ambiciosas no es más que una calumnia envejecida, de la que no pocas veces se valieran, como de pretexto, sus enemigos poderosos para cohonestar sus propios desafueros; y la historia, estudiada con imparcialidad, testifica sobradamente que la Iglesia, lejos de haber pretendido jamás tiranizar á nadie, ha sido más bien, como su divino Fundador, víctima en muchos casos de opresiones é injusticias: que no estriba su poder en la pujanza de las armas sino en la fuerza del pensamiento y de la verdad.

Estas y otras semejantes querellas no tienen, pues, otro motivo que la malquerencia de los que las formulan. Y en la ruina y perniciosa tarea de desacreditar y hostilizar á la Iglesia, va delante de las demás una secta tenebrosa que, como virus mortífero, corroe hace ya largos años las entrañas de la sociedad, con mengua de su salud, de su fecundidad y de su vida. Personificación permanente de la revolución, forma una como sociedad á la inversa, que tiene por objeto ejercer dominio oculto sobre la sociedad reconocida; y por razón única de su existencia: la guerra á Dios y á su Iglesia. No hay para qué nombrarla, pues que con estas señales todos reconocen á la

Frañemasonería, de la cual hablamos detenidamente en nuestra Encíclica *Humanum genus*, de 20 de Abril de 1884, donde pusimos de manifiesto sus perversas tendencias, sus erróneas doctrinas, sus obras nefandas. Esta secta, que envuelve como en inmensa red á casi todas las naciones, y que se coliga con otras sectas, á las que mueve por medio de resortes secretos, halagando á sus adeptos con el cebo de las ventajas que les proporciona, é inclinando á los gobernantes, ya con promesas, ya con amenazas, á secundar sus designios, ha logrado insinuarse en todas las clases sociales y formar como un Estado invisible é irresponsable dentro del Estado legítimo. Henchida del espíritu de Satanás, que, como dice el Apóstol, sabe transfigurarse, si es menester, en ángel de luz, aparenta tener fines benéficos, pero de todo se aprovecha para sus intentos sectarios; al mismo tiempo que declara no abrigar miras políticas, ejerce influjo vastísimo en el movimiento legislativo y administrativo del Estado, y haciendo profesión de respetar á las autoridades constituidas y aun á la misma religión, mira como á su fin último (y de esto dan testimonio sus propios reglamentos y formularios) al exterminio del sacerdocio y del imperio, á quienes considera como los mayores enemigos de la libertad.

Es cosa averiguada y que cada día se hace más evidente que á las sugerencias y complicidad de esta secta se deben en mucha parte las continuas vejaciones que sufre la Iglesia, así como la recrudescencia de ellas en estos últimos días. Y en verdad que lo simultáneo de la persecución, desatada recientemente, como tempestad en cielo despejado, ó sea sin causa proporcionada al efecto; la manera igual de prepararla, por medio de la prensa, de las reuniones públicas, de las representaciones teatrales; el empleo en todas partes de unas mismas armas, como la

calumnia y las conmociones populares, todo arguye identidad de propósitos y, por ende, la existencia de una consigna recibida de un centro común de dirección. Esto, por lo demás, es mero episodio de un plan preconcebido y que se va poniendo en ejecución con la mira de multiplicar los daños que llevamos enumerados, y sobre todo, para restringir, hasta suprimirla por completo, la enseñanza religiosa, formando así generaciones de indiferentistas y de incrédulos; para impugnar por medio de la prensa la moral de la Iglesia, y finalmente para hacer mofa de sus prácticas y profanar sus solemnidades.

Nada más natural sino que al sacerdocio católico, llamado á predicar las verdades de la religión y á dispensar sus misterios, se le tome por blanco de feroces ataques con que se procura amenguar su autoridad y prestigio en el ánimo de los pueblos. Interpretáanse siniestramente sus acciones, se da color de verdad á livianas sospechas, se le lanzan al rostro los cargos más soeces, todo ello con una avilantez que crece por momentos, en proporción de la impunidad que tiene asegurada. Así se agregan nuevos quebrantos á los que de tiempo atrás sufre el clero, ya por el servicio militar á que se le obliga y que estorba su conveniente preparación religiosa, ya por la confiscación del patrimonio eclesiástico, constituido libremente por la piadosa liberalidad de los fieles.

Las órdenes y congregaciones religiosas que, mediante la práctica de los consejos evangélicos, forman la gloria de la sociedad no menos que de la Religión, como si por eso mismo fuesen, en opinión de los enemigos de la Iglesia, todavía más culpables, se ven de un modo particular entregadas lastimosamente al vilipendio. Duélenos tener que recordar las medidas odiosas é inmerecidas de que los religiosos han sido víctimas en estos últimos días, y que toda alma honrada ha tenido que

reprobar altamente. No fueron parte para salvarlos de la proscripción ni la integridad de su vida, á la que ninguna imputación seria y fundada pudieron hacer sus mismos adversarios; ni el derecho natural que consiente la asociación para fines honestos, derecho reconocido y sancionado en esta parte por las leyes constitucionales; ni la estimación del pueblo, que les miraba con gratitud por los inestimables servicios que prestaban á las ciencias, á la agricultura, á las artes, y por la caritativa largueza con que favorecían á la clase numerosa de los pobres. Así fue como gran número de hombres y de mujeres, hijos en su mayor parte del pueblo, que habían renunciado espontáneamente á los goces de la familia para consagrar, en pacíficas asociaciones, su juventud, sus fuerzas, sus talentos, su vida entera al bien de los prójimos, fueron como gaviota de malhechores, condenados al destierro, y esto bajo el reinado de la más amplia libertad.

Ni es de extrañar que por tal manera sean vejados los hijos más queridos, cuando al Padre, es decir, á la Cabeza de la Catolicidad, al Pontífice Romano no se le trata con mayores miramientos. Los hechos son por demás conocidos. Despojado del principado civil, y con él de la independencia necesaria para el desempeño de su misión divina y universal, acosado por una potencia hostil y forzado, de consiguiente, en esta misma Roma, que es suya, á permanecer encerrado en su mansión, hállese reducido, no obstante irrisorias protestas de respeto y precarias promesas de libertad, á una condición anormal, injusta é indigna de su excelso ministerio. Demasiado sabemos cuántos obstáculos se suscitan de continuo en torno suyo y con cuánta frecuencia se falsean sus intenciones y se ultraja su dignidad, de modo que se va haciendo cada día más evidente que la expoliación de la soberanía temporal no se llevó á cabo sino con el propósito de

echar por tierra, más ó menos tarde, la potestad espiritual de la Cabeza de la Iglesia, cosa que, por lo demás, confiesan sin rebozo los que fueron verdaderos autores de aquel atentado. Hecho es éste, si se atiende á sus resultados, á más de impolítico, antisocial, porque los golpes que se descargan sobre la Religión van á herir de lleno el corazón mismo de la sociedad. En efecto, Dios providentísimo que dotó al hombre de cualidades esencialmente sociales, fundó también la Iglesia y la asentó, como dice la Escritura, sobre la montaña de Sión, para que sirviese de lumbrera y desarrollase con sus rayos fecundantes el principio de la vida en todos los elementos de la sociedad humana, comunicando á esta última unas reglas de celestial sabiduría con que pudiese constituirse en la forma y orden más convenientes. Por tanto, la sociedad que se divorcia de la Iglesia, de quien deriva parte, tan considerable de su fuerza, se encamina á la decadencia y á la ruina, pretendiendo separar lo que Dios quiso que estuviese unido.

Por lo que á Nós hace, no hemos dejado de inculcar estas verdades siempre que se ha ofrecido oportunidad para ello; y en esta ocasión extraordinaria hemos querido hacerlo nuevamente y de propósito. Plegue á Dios que de aquí saquen los fieles ánimo é instrucción para ordenar más acertadamente sus esfuerzos al bien común, y los adversarios luz que les haga comprender al fin la injusticia que cometen al perseguir á la más amante de las madres, á la benefactora más insigne del género humano.

No queríamos que el cuadro de la deplorable situación actual amenguase ni un punto en el ánimo de los creyentes la confianza que deben tener en el auxilio divino, el cual á su tiempo y por caminos que no sabemos, ha de otorgarnos la victoria final. Contristado estamos y hasta lo íntimo del corazón, pero en manera alguna nos amedrentamos ni tememos por los destinos inmortales de

la Iglesia. La persecución, como decíamos al principio, no le puede faltar jamás, pero en cambio produce bienes sumamente apreciables, porque Dios prueba con ella y purifica á sus hijos. Y aun en medio de las apreturas y contrastes que Él permite, no deja de mostrar su divina asistencia suministrando nuevos é inesperados socorros con que su obra se conserva y crece, á despecho de las fuerzas conjuradas en su daño. Diez y nueve siglos de vida, transcurridos entre el flujo y reflujo de las cosas humanas, nos enseñan que las tempestades, por violentas que sean, no llegan jamás al fondo y pasan al fin y se desbaratan.

Bien podemos consolarnos, porque aun el momento presente ostenta signos muy aptos para conservar entera nuestra confianza. Si las dificultades son formidables y extraordinarias, los hechos que se desarrollan á nuestra vista testifican que Dios cumple sus promesas con bondad y sabiduría dignas de toda admiración. Asediada de infinitas fuerzas que conspiran contra ella y destituida de toda protección y apoyo humanos, la Iglesia descuellla sin embargo en el mundo, y su acción se dilata á todas las zonas y abarca las gentes más diversas y remotas. Nó, el antiguo príncipe de este mundo, echado fué por la virtud de Cristo, no conseguirá asentar en él su imperio como en los tiempos pasados, y los acometimientos y esfuerzos de Satanás, si bien pueden acarrear muchos males, jamás serán coronados con el éxito apetecido. Ya vemos el día de hoy reinar, no sólo en las almas de los buenos, sino en la vasta extensión de la catolicidad, una paz sobrenatural, engendrada por el Espíritu Santo, que se anida y respira en la Iglesia, paz que domina serena mediante la unión, hoy más que nunca cariñosa y apretada, del Episcopado con esta Silla Apostólica, formando notableísimo contraste con las agitaciones, los disentimientos,

el pulular continuo de nuevas sectas que turban la tranquilidad social. Esta unión existe asimismo, fecunda en variadísimas obras de celo y caridad, entre los Obispos y el clero y entre éste y los laicos católicos, quienes, mejor organizados y menos cohibidos por el respeto humano, van disciplinándose para el combate y animándose de noble entusiasmo para defender la causa santa de la Religión. Oh! esta es la unión que tantas veces hemos recomendado, que ahora recomendamos de nuevo y bendecimos, á fin de que, tomando mayor incremento, se oponga como un muro invencible al empuje de los enemigos de Dios.

Como renuevos que brotan al pie del árbol robusto, vemos al presente y con gran gozo de nuestra alma, una multitud de Congregaciones que renacen, se reorganizan y alcanzan notable desarrollo en el seno de la Iglesia. No hay forma de la piedad cristiana que ellas no cultiven, ya se mire á Jesucristo y á sus adorables misterios, ya á su Madre bendita y á los Santos que más resplandecieron por lo insigne de sus virtudes. Ni olvidan tampoco forma alguna de la beneficencia, pues de muchas maneras acuden, ya á la educación religiosa de la juventud, ya á la asistencia de los enfermos, ya al alivio de las clases desheredadas. Con cuánto mayor rapidez se dilataría y cuánto más abundantes frutos produciría este movimiento, si no tropezase muchas veces con el estorbo de hostiles é injustas disposiciones!

Y mientras que el Señor conserva tan prodigiosa vitalidad á la Iglesia en los países civilizados que de antiguo le pertenecen, consuélanos también con otras nuevas esperanzas, gracias al celo de sus misioneros, quienes, en mayor número cada día, sin desanimarse por ningún género de peligros, privaciones y sacrificios, van ganando comarcas enteras al Evangelio y á la civilización, y perse-

veran constantes en su empresa por más que el mundo les pague, como al Divino Maestro, con detracciones y calumnias.

Así que las amarguras andan mezcladas de consolaciones, y en medio de las fatigas de la lucha tenemos bastantes motivos para reanimarnos y esperar. Cosa es ésta que debiera sugerir reflexiones útiles á todo observador inteligente y no ofuscado por la pasión, y hacerle comprender que, así como Dios no dejó al hombre entregado á sí mismo en lo que toca al fin último de su vida, y por eso le dio la revelación, así también habla al presente en su Iglesia, visiblemente fortalecida por la ayuda divina, manifestando de qué lado se hallan la verdad y la salvación. En todo caso esta no interrumpida asistencia debe infundir en nuestros corazones una esperanza incontrastable de que, en el momento señalado por la Providencia, la verdad, deshechas las nieblas con que se la pretende oscurecer, lucirá con mayor plenitud en un porvenir no lejano, y que el espíritu del Evangelio tornará á vivificar los miembros cansados y corrompidos de esta disipada sociedad.

Por nuestra parte, Venerables Hermanos, haremos cuanto esté á nuestro alcance para apresurar el día de las misericordias de Dios, trabajando con empeño, como es nuestro deber, en la defensa y aumento de su reino en la tierra. A vosotros no tenemos para qué haceros exhortación alguna. Bien conocida nos es vuestra solicitud pastoral. Ojalá que la llama que arde en vuestros corazones se transmita más y más á los ministros del Señor que toman parte en vuestras labores. Ellos están en contacto inmediato con el pueblo y así conocen mejor sus aspiraciones, sus necesidades, sus padecimientos, como también las seducciones y asechanzas que le rodean. Y si, llenos del espíritu de Jesucristo y manteniéndose en esfera supe-

rior á las pasiones políticas, subordinan á la vuestra su acción, podrán, mediante la divina gracia, obrar verdaderas maravillas, iluminando á las multitudes con la palabra, atrayéndolas con la suavidad de las maneras y ayudando caritativamente al progresivo mejoramiento de su condición. El clero, á su turno, se verá secundado por el concurso inteligente y decidido de todos los fieles de buena voluntad. Y así los hijos que hayan disfrutado de las ternuras de su madre la Iglesia, querrán pagárselas dignamente, acudiendo á la defensa de su honor y de sus glorias. A obra tan necesaria y de tanto mérito no hay quien no pueda contribuir: los hombres doctos y de letras con escritos apoloéticos y con publicaciones periódicas, instrumento tan poderoso y de que tanto abusan nuestros adversarios; los padres de familia y los institutores con la cristiana educación de la niñez y de la juventud; los magistrados y representantes del pueblo con la integridad del carácter y la firmeza en los buenos principios; todos con profesar sus creencias valerosamente y sin respeto humano. Los tiempos exigen elevación en los sentimientos, generosidad en los propósitos, regularidad en la disciplina. Esta última ha de mostrarse sobre todo en una sumisión perfecta y llena de confianza á la dirección de la Santa Sede, medio principalísimo para eliminar, ó por lo menos atenuar, el daño que causan las opiniones divergentes de los partidos, y armonizar todos los esfuerzos en orden á la consecución de un intento supremo, que no es otro sino el triunfo de Jesucristo en su Iglesia.

Tál es el deber de los católicos; el último resultado está en manos de Aquel que vela amorosa y sabiamente sobre su esposa inmaculada y de quien está escrito: *Jesus Christus heri, et hodie: ipse et in saecula*. «Jesucristo el mismo que ayer, es hoy y lo será por siempre.» A Él, pues, se dirige en este momento nuestra humilde y férvida ple-

garia; á Él, que amando con amor infinito á la descarriada humanidad, se hizo, en la sublimidad del martirio, su víctima expiatoria; á Él, que, sentado, aunque invisiblemente en la mística nave de su Iglesia, puede, imperando al mar y á los vientos alborotados, sosegar la borrasca. Vosotros también, Venerables Hermanos, uniréis vuestras oraciones á las nuestras para obtener que se mitiguen las calamidades que afligen á la sociedad, que sean alumbrados con la luz de lo alto los que, acaso por ignorancia más bien que por malicia, aborrecen y persiguen la Religión de Cristo, y que se redoblen la actividad y el celo de todos los hombres de buena voluntad, para que de esta manera se apresure el triunfo de la verdad y de la justicia, y luzcan para la humana familia días mejores de paz y de tranquilidad.

Recibid, entretanto, como prenda de los anhelados favores, la bendición apostólica, que de todo corazón os impartimos á vosotros y á todos los fieles confiados á vuestra solicitud.

Dada en Roma, en San Pedro, el 19 de Mayo de 1902, año vigésimoquinto de nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA

DISCURSO

del Ilmo. y Rvdmo. Primado al Excmo. Señor Presidente de la República, el 7 de Agosto de 1910.

Excelentísimo Señor Presidente de la República:

Cábeme una vez más la honra de presentar saludo y de tributar debido homenaje, en nombre de la Iglesia y de su Clero, al primer Magistrado de Colombia cuando toma en sus manos las riendas del gobierno de la República.

"La Iglesia Romana, escribía recientemente un periodista político de Francia, es la escuela más grande de gobierno. Entiéndese con esto que ella no sólo deriva la autoridad de fuente la más elevada y la más pura, sino que, además, en el ejercicio del poder, en el arte de dirigir á los hombres y de administrar sus intereses, aquélla será siempre maestra incomparable; que tuvo por discípulos á los más afamados ministros de los reyes, á un Suger, á un d'Amboise, á un Jiménez de Cisneros, á un Richelieu. Así como la Iglesia brilló ante los contemporáneos de Gregorio VII ó de Inocencio III, asimismo vencida, despojada, pero siempre soberana, ella era ayer lo que es hoy, lo que será mañana."

Conviene recordar estos conceptos á quien, como vos, viene á ocupar el solio presidencial, trayendo, cual tesoro inapreciable, la tradición que le legara un varón meritísimo de la Iglesia y de la Patria; la firmeza de creencias católicas cimentadas hondamente en el alma con estudios serios y perseverantes, y probadas por no interrumpida práctica de los deberes religiosos. Motivos son éstos para confiar en que vos trabajaréis como bueno en el ejercicio del poder público, el cual se os confía, mediante la elección hecha conforme á las leyes, para que lo desempeñéis en nombre y por autoridad de Dios, *por quien gobiernan los príncipes, y los poderosos administran justicia.*

Fiel á las enseñanzas de la Iglesia, el Clero proseguirá como siempre en su tarea de atraer las almas al amor de la verdad y del bien; y nunca desmayará en el empeño de predicar la caridad de Cristo entre los hombres, y de inculcar el respeto á las autoridades constituídas, hoy tan desconocido y tan poco practicado, por obra del espíritu de rebeldía, de las funestas predicaciones de la mala prensa, y de las pasiones desarregladas que todo lo socavan á trueque de satisfacerse en medio de confusión y desorden.

Quiera la Providencia Divina acoger con benignidad

las plegarias que humildemente y de continuo alzamos al cielo por la paz y el bienestar de la Nación, por el acierto en vuestro gobierno, para remedio de los males pasados.

Sea, por tanto, muy fecunda vuestra labor que hoy empieza, al mismo tiempo que se inicia para Colombia la segunda centuria de nuestra vida independiente.

Contestación del Excmo. Señor Presidente

Ilustrísimo Señor:

En el programa que os dignasteis oírme leer, acabo de decir que bajo la fe del juramento me comprometo á respetar la Constitución y las leyes de la República. Por fortuna para mi conciencia de católico, esa Constitución y esas leyes están inspiradas en la moral cristiana, fundamento de toda legislación en los pueblos civilizados.

El Gobierno de Colombia está obligado á prestar respeto y protección á la Iglesia Católica; y así debe ser, no solamente porque fueron cristianos los legisladores que esas disposiciones dictaron, sino también porque atendieron á un hecho indiscutible, como es el de que la gran mayoría del pueblo es católica y por consiguiente legislaron conforme á sus creencias.

Este problema religioso, que en otros tiempos tanto agitó los ánimos y anegó de sangre la República, lo creo hoy felizmente eliminado en sus principios cardinales, por cuanto la fórmula constitucional que lo resuelve está aceptada por las más altas autoridades eclesiásticas, así como por los miembros dirigentes de las diversas fracciones políticas, que la disputaron con deplorable enardecimiento.

Sólo falta, á mi entender, que hagamos vivir aquella fórmula en nuestra vida cotidiana, y la pongamos al amparo de la caridad cristiana, que nos manda amarnos los unos á los otros; y de nuestros corazones patriotas, que

nos exigen apartar de las vías nacionales todos aquellos obstáculos que pueden llevarnos á la catástrofe por medio de la guerra civil.

Con esta práctica continua, las conciencias de los católicos tendrán su debido respeto y protección, y las otras quedarán tranquilas al no sentirse perseguidas y al ver que el Gobierno no puede, como tal, imponer coactivamente ninguna religión oficial.

Sabéis, Illmo. Señor, que bajo la fe del sagrado juramento católico me he comprometido á defender las instituciones nacionales que se dicten por medio de los legítimos representantes del pueblo colombiano. Si, por desgracia, esas instituciones llegasen á inspirarse en sentimientos adversos á las ideas cristianas, no sería yo, en mi condición de católico, quien hubiera de cumplirlas: abandonaría el puesto para que mi conciencia quedara á salvo y para que á salvo quedara también la soberanía nacional.

Pero aquel caso desgraciado no llegará; vivimos en un país esencialmente cristiano, y no habrá legisladores capaces de enfrentarse con las creencias del pueblo y labrar la ruina común.

Las bases de concordia que existen entre el Gobierno de Colombia y la Santa Sede permiten á las dos entidades moverse ampliamente dentro de las órbitas de sus legítimas atribuciones bajo principios de recíproco y necesario respeto.

Al cumplir mis deberes de Presidente de Colombia para con la Santa Sede no haré más que obedecer á mis creencias, que me señalan las obligaciones que tengo como hijo respetuoso de la Iglesia.

Por motivos personales bien conocidos de Vos, Illmo. Señor, me es á la vez grato y honroso recibir por vuestro dignísimo conducto el saludo que la jerarquía católica colombiana presenta al Jefe civil de la Nación que acaba de posesionarse.

CIRCULAR

del Excmo. Señor Delegado Apostólico á los Revdmos. Arzobispos y Obispos de Colombia, con ocasión del Centenario del natalicio de la República.

(Conclusión)

Fundamento del edificio social es la justicia: ella prospera y engrandece á los pueblos (1); es ella fuente perenne de paz y tranquilidad (2); ella, principio de la vida y gloria de las naciones. (3)

Mas el coronamiento de todas las virtudes es la caridad, traída del Cielo como *mandamiento nuevo* por el nuevo distintivo de amor que debía hermanar las sociedades nacidas á la sombra de la Cruz, y por la misma Verdad Eterna promulgada como nota característica de los cristianos: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad los unos para con los otros.» (4)

Y Colombia, que con tanta nobleza se prefiere á otras naciones en sentimientos católicos, ¿no irá á su vanguardia en la práctica de la caridad?

Por eso otra salvadora resolución que Colombia ha de tomar al dar principio á la nueva centuria, será la de caminar siempre con mayor ahinco por los senderos que la justicia con supernos fulgores ilumina y la caridad embalsama con perfumes celestiales.

Si en ciertos casos la justicia exige combatir principios contrarios á la fe, ello debe hacerse con tanta discre-

(1) *Justitia elevat gentes.* Prover., 14-34.

(2) *Et erit opus justitiæ pax.* Isaias, 32-17.

(3) *Qui sequitur justitiam... inveniet vitam et gloriam.* Prover., 21-21.

(4) *In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis; si dilectionem habueritis ad invicem.* (Joan., 13-35).

ción que se compadezca así á los entendimientos obcecados como á los corazones pervertidos, y triunfe siempre la caridad.

*
* *

Pero entre tantas saludables resoluciones hay una que con más imperiosa urgencia universalmente se reclama.

Muchos serán los beneficios granjeados por la independencia de la madre Patria; pero lo cierto es que aquélla —¿por qué disimularlo?— abrió la puerta á guerras internacionales entre repúblicas hermanas y á luchas intestinas en su propio seno. ¡Y desgraciadamente el flagelo asolador de Marte ha desgarrado estas hermosísimas regiones! ¿Hoy mismo no nos parece percibir el funesto chasquido de ese azote que amenaza derramar otra vez sangre de hermanos?

El medio, por tanto, más adecuado para conmemorar con trascendental provecho el establecimiento de la autonomía política será el de conjurar este perniciosísimo resultado, que de ella, como de causa ocasional, ha provenido, *jurando en el altar de la concordia un eterno pacto de paz y de amor entre los colombianos, y de alianza fraternal entre las Repúblicas de la misma familia hispanoamericana*, á fin de cerrar para siempre en su historia la éra de las revoluciones y de las contiendas armadas.

Gloriosos triunfos en la tierra, é inmarcesibles coronas en el cielo conquistará el sacerdocio al inspirar, alimentar y sostener esos propósitos, ya con los recursos de su elocuencia, ya con el celo de su acción, ya con la brillantez de su ejemplo y sobre todo con el fervor de sus plegarias.

*
* *

Elévense fervorosas oraciones por este amadísimo pueblo para que comprenda la dignidad de la obediencia, la cual, lejos de ser esclavitud de hombre á hombre, es nobilísima sumisión al querer del Omnipotente, que por medio de Magistrados, como de causas instrumentales suyas, gobierna las naciones.

En la escala social ¿se encuentra acaso persona que no obedezca? Si obedece la muchedumbre, obedece también el funcionario civil, el militar, el magistrado, todos obedecen; y los que estando arriba diríase que no respiran sino aires de independencia, están más constreñidos que el pueblo, y se ven obligados á obedecer más que á mandar; el Jefe mismo que se halla en la cumbre teniendo las riendas del Gobierno, para hacerse respetar no encuentra medio más eficaz que mostrarse obediente á Dios y á los dictados de la justicia eterna.

En esta jerarquía de sumisiones y concierto de voluntades estriba precisamente el orden social; como la armonía celeste se funda en la obediencia absoluta de los astros á los designios de la voluntad creadora.

Elévense oraciones, según enseña el Apóstol, «por los Magistrados, y los que están puestos en las eminencias del poder» (1), á fin de que manden conforme á la constitución cristiana de los Estados, pensando que Dios *examinará todas sus obras y escudriñará hasta sus pensamientos; y que si no gobiernan con rectitud, se precipitará sobre ellos.* (2)

Contra los gobernantes que abusan del poder, desde la eternidad el Supremo Juez pronunció la terrible sentencia: «Los poderosos serán poderosamente atormentados.» Y su eco, con ritmo aterrador, repercute en la historia de

(1) Ad Timoth., Cap. II.

(2) Sabiduría, VI, 7.

época en época: los poderosos serán poderosamente atormentados: *potentes potenter torquentur*.

Que nuestras oraciones suban al cielo, lleguen al trono del Altísimo y descorran el velo que oculta su arcano designio en el gobierno universal de las naciones; y todos los magistrados vean en el prototipo divino el modelo de su administración y resuelvan imitarlo con ánimo generoso y abnegado.

Brille en sus propósitos el ideal de la República cristiana, donde se armonizan la unidad del mando con la división de los poderes; los cargos públicos con la idoneidad de los empleados; las órdenes y medidas con las verdaderas necesidades y legítimas aspiraciones del pueblo; los derechos con los deberes correlativos; por fin, todos los elementos y factores que entran en el complicado mecanismo del Estado y lo hacen coeficiente poderoso de la ventura pública y privada.

Resplandezca en sus funciones el ejemplar del magistrado católico, para el cual es el amor patrio fuente primordial de todas sus inspiraciones; el bien público, fin último de todas sus empresas; el interés nacional, fuerza motriz de todas sus deliberaciones; el engrandecimiento y gloria de la República, blanco de todos sus esfuerzos; la prudencia, virtud moderadora de todas sus disposiciones; la honradez, faro que ilumine todos sus caminos.

Presida á todos los poderes un solo programa que desarrolle cada magistrado en su propia órbita, con presteza, sin precipitación; con firme perseverancia, sin obstinada tenacidad; con sistema progresivo, sin veleidosas oscilaciones, de manera que la nave de la República sea dirigida á dichoso puerto por leyes sabias, sentencias justas y medidas acertadas, como por tres fuerzas en combinación armónica.

*
* *

Celebrando el Centenario de la independencia y libertad políticas, con esos ideales y propósitos reforzados por la gracia de la oración, Colombia conquistará nueva independencia y libertad; independencia moral de todos los defectos é instintos aviesos; libertad civil para todas las tendencias virtuosas y nobles aspiraciones; á fin de escalar *sin trabas* aquel puesto de prosperidad y de honor que le señaló la Providencia, al depositar en su territorio tantos elementos de riqueza, y en la mente y corazón de sus hijos tantos gérmenes de ingenio y de virtud.

III

No faltará acaso quien al descubrir errores y desaciertos en la República, desmaye y desespere de su porvenir. ¿Sería eso racional y provechoso?

Todos los pueblos que han llegado á florecer, por leyes históricas, tuvieron que atravesar épocas de hierro, llenas de extravíos, de discordias y contiendas intestinas: hasta el pueblo de Jehová, durante cuarenta años, tuvo que dar vueltas y revueltas por el desierto, antes de entrar en la ubérrima tierra de promisión.

Pero una vez que rayó la aurora de su gloria, despertaron, abrieron los ojos, y de la noche de oscuridad y confusión, pasando á las esplendideces y armonías del día, entraron por nuevos caminos, en cuyo término los esperaban risueños el orden, la paz y el bienestar.

No creo aventurado pensar que este Centenario será para Colombia un período de tránsito de su primera y azarosa juventud á virilidad próspera y afortunada, si, según los conocimientos adquiridos en las meditaciones históricas, y los propósitos tomados en vista del ideal evangélico, pone mano á obras é instituciones de reforma con el entusiasmo, valor y abnegación de los próceres cristianos.

¿Qué obras é instituciones serán para ello convenientes?

Anheloso como estoy de ver á esta amada República rica, floreciente y poderosa, me concretaré á indicar algunas que más directamente se refieren al orden social.

*
* *

En el territorio de la República existen todavía tribus sumidas en las tinieblas y corrupción de la barbarie.

Verdad es que heroicos misioneros con sublime abnegación están consagrados á labor tan redentora, en climas insalubres, con múltiples fatigas y entre mil peligros hasta ofrendar su propia sangre. Pero ¡cuán abundante es la mies y cuán escasos los operarios!

Es, pues, de necesidad imperiosa esmerarse en activar la catequización de esos infelices compatriotas.

¿Podráse festejar la independencia política sin una mirada compasiva á la esclavitud moral de esos hermanos, sin esfuerzos para llamarlos á la libertad de Jesucristo?

Su entrada en el hogar colombiano será acontecimiento no sólo religioso, sino civil y patriótico, que añadirá millares de brazos al trabajo nacional para facilitar la solución del apremiante problema económico.

¡Qué hermoso fuera si la disposición de las Conferencias episcopales, de fundar juntas diocesanas en favor de nuestras misiones, se realizara al alborar de la nueva centuria!

*
* *

Para multiplicar el número de agentes productores en la nascente centuria, se presentará el problema de la inmigración con caracteres de trascendental importancia.

Nadie desconoce la poderosa influencia que sobre el porvenir de las jóvenes sociedades ejercen nuevas ramas étnicas en ellas injertadas. ¿Cómo olvidar el influjo de

Grecia sobre la grandeza intelectual y material de la antigua Roma? ¿De Cartago en el desarrollo mercantil de las naciones adonde llegaban sus colonias? ¿Del Imperio Romano sobre el orbe entonces conocido?

¿No está á la vista la radical transformación efectuada por los colonizadores europeos en este Continente que en el Océano dormía desconocido?

Y hoy mismo ¿el poder de la inmigración no se ve triunfante en las Repúblicas más prósperas de esta privilegiada zona del planeta?

Pero si el injerto de raza modifica tanto el ser material de las naciones, alcanza también á transformar creencias, lengua, índole, costumbres; en suma, á todos los constitutivos del alma de un pueblo.

¡Cuántos peligros acarrea la inmigración á los países que se aventuran á aceptarla sin maduro consejo, dejándose fascinar, por consideraciones especiosas, en perjuicio de intereses primordiales!

Colombia se esmerará ciertamente para que con la mezcla de nueva sangre no se altere la pureza del idioma, vínculo de hermandad y motivo de esperanzas entre las Repúblicas hispanoamericanas; se ahorren á las generaciones venideras conflictos, usurpaciones y luchas desiguales; y sobre todo se garantice el depósito sagrado de la Religión Católica, que es, á la par, resorte poderoso de adelanto, y áncora de salvación reconocida por la Historia.

A este efecto no dudo que el clero unirá su delicada acción á la del Gobierno y de las compañías privadas, á fin de buscar con atinada selección los manantiales de corrientes pobladoras no en capitales contagiadas por el socialismo, inmoralidad é irreligión, sino en poblaciones vigorosas, católicas, morigeradas, inteligentes y activas.

*
* *

Entretanto, á la par que se trabaja en rescatar de la barbarie las tribus indígenas y reunir todos los habitantes del territorio en una sola familia, hay que esforzarse á fin de libertar á la República de cada uno de los elementos de esclavitud moral que se oponen á su marcha victoriosa en la vía de la civilización.

Gran enemigo del adelanto es el alcoholismo que en sus distintas formas apaga el entendimiento, endurece el corazón, quebranta el organismo fisiológico y amenaza á la sociedad.

¡Cuántos preciosos niños que por su lozanía, precocidad é inteligente brío prosperaban ayer, como sonrisas del porvenir, hoy, envenenados por ese infernal tósigo, á modo de arbustos heridos de secreta enfermedad, se ven tristes, apagados los ojos, vestido de sombras el semblante, mustios y cabizbajos, embrutecidos casi!

¡Qué triunfo sería si, al expirar el primer siglo de vida independiente, se diera un golpe mortal á este monstruo, devorador de tantos tesoros y existencias, erigiendo y propagando en todos los ámbitos de la República sociedades bien organizadas de temperancia!

*
* *

Otro factor de esclavitud moral que pone óbice á las ruedas del progreso cristiano son las uniones ilegítimas. La familia es principio de donde nacen y se forman las naciones, modelo con que se conforma la vida pública de los pueblos y manantial de patriotismo; porque es particularmente el amor á todo lo que encierra la sociedad doméstica lo que consagra á los ciudadanos á la Patria hasta morir en su defensa.

El patriotismo que tiene distinto origen nace espurio, y lejos de ser provechoso, frecuentemente resulta perjudicial á la República.

¡Qué obra tan meritoria sería para el Clero si por medio del matrimonio este gran beneficio del Redentor, que simboliza sus místicas bodas con la Iglesia y refleja la Encarnación del Verbo Divino, desaparecieran en la estadística de la nueva centuria ciertos datos, que, con tristeza, se leen en los libros bautismales!

*
* *

Gracias al Señor, no ha llegado todavía á esta querida República el huracán devastador del socialismo; pero al menor descuido puede traspasar las fronteras, rugir, aterrar, y en sus trombas vertiginosas arrasarlo todo. Pues no es difícil prever que aquí revestiría caracteres muy terribles.

Tiempo es aún de precaver á Colombia de esta plaga apocalíptica. La clase obrera es dócil y cristiana, su corazón está sano: de suerte que el celo de los eclesiásticos, el fomento del trabajo por parte del Gobierno y la cordura y generosidad de las clases elevadas pueden librarla del extravío y evitar una hecatombe. ¿Sería posible contener más tarde ese ciclón cuyas estridentes alas azotan las espantadas ondas del Océano y están ya para venir á golpear á nuestras playas?

*
* *

En la restauración de las Repúblicas la reforma escolar es factor esencial para el adelanto de los pueblos.

Tan naturales son los lazos entre la educación y el progreso, así individual como social, que éste sale de aquélla cual la flor brota del tallo. Efectivamente, lo que distingue al salvaje del hombre civilizado y á los civilizados entre sí, es la educación en sus distintos grados.

Quien desde la infancia no se avezó á la expansión de los buenos instintos y á la represión de los malos, aunque luzca por su cuna, riqueza y elegancia, permanecerá

siempre egoísta, duro, altanero y pronto, más que un salvaje, á mancillarse con todo linaje de delitos.

Dígame lo mismo de las naciones: la educación es la fuerza progresiva de los pueblos, tanto que la historia de las escuelas se nos presenta como historia de la civilización.

*
* * *

El momento no puede ser más propicio para que el Clero emprenda redentora cruzada en pro de la educación popular, y haga sentir su influencia saludable en la solución de los problemas que á ella se refieren.

La iniciativa del Clero excitará la de los padres de familia, la de los Municipios y de todas las energías sociales en favor de esta obra de regeneración, que á nadie puede ser indiferente porque afecta los intereses de todos; de manera que en los comienzos del nuevo siglo no haya en Colombia pueblo, ni aldea, ni caserío, ni sección parroquial, por apartada que se halle, donde no surjan y florezcan, á manera de fecundos semilleros, escuelas primarias, urbanas y rurales.

Por eso preciso es enaltecer la profesión pedagógica, rodeando de consideraciones, premios y recursos al maestro, cuyo oficio es nada menos que modelar la sociedad del porvenir, á fin de que él se acostumbre á ver en la escuela su misión, su familia, su mundo, toda su esfera de actividad.

Dotada la República de escuelas y maestros según las sabias reglas de la pedagogía cristiana, hay que procurar con todo esmero la concurrencia de los alumnos: muchos niños acudirán gustosos, atraídos por las buenas condiciones de aquéllas, y las relevantes prendas de éstos.

Pero las unas y las otras ¿bastarán á vencer la indolencia de ciertos padres que miran indiferentes la educación de sus hijos?

Es la ocasión de que el Clero, en todas las formas *oportune et importune*, con tenacidad y constancia apostólica encarezca á los padres el sagrado deber de conciencia de proporcionar á sus hijos la instrucción que debe poseer cada ciudadano, por humilde y oscuro que sea.

Así en Colombia se demostrará que, para colmar de niños las escuelas, vale más la influencia moral del Párroco, con sus delicadas insinuaciones en el seno de los hogares, que las leyes de instrucción obligatoria con sus penas y sanciones.

Sin embargo, al procurar que ningún niño carezca de nociones necesarias á la vida, y que todo joven, llamado por su talento y aptitudes á estudios superiores y universitarios, tenga fácil entrada á ellos, se evitará que la carrera de las nobles disciplinas decaiga por la invasión de las medianías y se roben á las industrias y á la agricultura brazos y actividades que á estos oficios destinó la provida naturaleza.

*
* * *

El trabajo, dulce compañero del hombre en el Edén, aunque por la culpa de origen se tornara en medio de expiación, constituye todavía un manantial de plácidas delicias para nuestras facultades.

La paz y la alegría no brotan en corazón ocioso; mientras que del hombre trabajador podría decirse que, junto con el sudor de su frente, arroja del espíritu las zozobras y remordimientos. El trabajo moraliza y aleja del vicio; es fuente de derecho y de propiedad: dignifica al hombre confiriéndole estima de su propio valer, altura de carácter y hábitos de templanza, sobriedad y economía.

Todo lo cual, lejos de ser privativo de los individuos, trasciende á las sociedades y pueblos, cuya elevación, en la escala de la cultura, se mide por los productos agrícolas, las industrias fabriles, las transacciones comerciales,

el desarrollo de las vías de comunicación y los adelantos de las artes, las ciencias y la Religión.

¿Por qué en Colombia el trabajo no ha llegado á tan alto grado de desarrollo? ¿Será la temperatura tropical que produce cierta depresión de ánimo y de músculos? ¿Será la exuberancia misma de la tierra que, por proveer espontáneamente á las exigencias apremiantes de la vida, hace que los moradores de ciertas localidades no sientan el aguijón de la necesidad? ¿Será que la población escasa y desparramada en extensísimo territorio, no ha podido todavía formar núcleos de fuerzas necesarias para el desarrollo en grande de la minería y de la agricultura? ¿Será la codicia de capitalistas y negociantes, quienes jamás acometen empresas si no se ofrece la seguridad de inmediatas y fabulosas ganancias?

A pesar de las diferentes opiniones acerca de éstas causas, todos convienen en reconocer como primera el lastimoso derroche de tiempo, de facultades y de recursos en las contiendas, frecuentemente estériles, de la política, y en las guerras intestinas, siempre perniciosas.

Cuando los debates políticos embargan con excesiva intensidad y extensión las aspiraciones de la juventud y las energías de la virilidad, en vez de ser provechosos para la República, redundan en su detrimento: y lo cierto es que *la exageración en política disminuye el trabajo, y viceversa, la disminución del trabajo fomenta la exageración en política.*

¡Qué apostolado tan redentor sería el de los sacerdotes si, por medio de industrioso, prudente y gradual esfuerzo, convirtiesen las violentas disputas de partido en sasegadas conferencias de cuestiones sociales; la estéril empleomanía, en amor á las faenas productivas; la preocupación é inquietud por las vicisitudes políticas de la Metrópoli, en el cultivo del suelo y fomento de las indus-

trias locales, despertando así las iniciativas privadas, fuentes primeras de la riqueza individual y colectiva!

Porque es precisamente en el trabajo donde el pueblo, libertado de toda pasión política, debe buscar los elementos senciales para la solución del grave problema que entraña la prosperidad moral y material de la República; en el trabajo, principio supremo de toda producción y fuente universal de toda riqueza; en el trabajo perseverante, en el trabajo del brazo armado de los instrumentos de la mecánica moderna; en el trabajo de la inteligencia que despliega en variadísimos modos su portentosa actividad, desde la plegaria, elevación del alma al cielo, hasta el estudio de las verdades científicas, que, cuando se aplica á mejorar la suerte de la familia, de la Patria y de la humanidad es otra especie de oración; en el trabajo, en fin, de la voluntad empeñada en domeñar las pasiones y conquistar las virtudes, realizando esas verdaderas geórgicas del alma, que la embellecen con las floraciones de los buenos hábitos.

Si todos los ciudadanos, desde el sabio que proporciona las teorías de la producción, hasta el empresario que combina los elementos productivos y el jornalero que los pone en práctica para conseguir los productos, trabajando con espíritu elevado cada cual en su propio campo, hacen todos converger sus labores á fines efectivos y genuinamente patrióticos, Colombia, tan privilegiada como es por la extensión, configuración y situación de su territorio, por sus caudalosos ríos y soberbias cataratas, por su variedad de climas, fecundidad de suelo y abundancia de preciosos minerales, por las eximias dotes intelectuales de sus hijos, en la próxima centuria llegará al alto grado de prosperidad á que briosamente aspira.

De esta manera, si al conmemorar el natalicio de la Patria, no logra acaso Colombia sobresalir entre las naciones hermanas por la suntuosidad de fiestas, creación de estatuas y exhibiciones artísticas é industriales, no irá en zaga á ninguna de ellas en punto de instituciones cristianamente humanitarias, que cual monumentos vivos se establecerán en todo el ámbito de la República.

En una ciudad serían hospitales, asilos para niños ó ancianos; en otra, orfelinatos, talleres en pequeña y grande escala; aquí, salones de lectura, bibliotecas circulantes; allí, academias de ciencias económicas y sociales, cátedras de bellas letras; en regiones fértiles, escuelas de agronomía, sociedades agrarias, granjas agrícolas; en comarcas aptas á la industria y al comercio, institutos de artes y oficios y liceos mercantiles; en esta población, cajas de ahorro y montes de piedad; en aquélla, sociedades de socorros mutuos y seguros; en los grandes centros, barrios de casas higiénicas para obreros; en los pequeños, aseo y embellecimiento de los rústicos hogares con los fáciles adornos de árboles y flores, que ofrece á mano la naturaleza tropical; de manera que no habría en Colombia ciudad, aldea y caserío que no se regocijase con los resultados civilizadores de la celebración del Centenario.

*
* *

Pero entre las instituciones que podrían perpetuar la memoria de las clásicas fiestas y darles fecundidad perenne, debería descollar un Instituto que se levantara por acción concorde de las Repúblicas suramericanas, á la sombra de la gloriosa España, que en este centenario se ufana y regocija como nunca al oírse llamar Madre por veinte naciones; es decir, una Corte Suprema de sendos Delegatarios, la cual, con elevado criterio de justicia, equidad y conveniencia, dirimiese toda cuestión que en-

tre ellas viniera á ocurrir en menoscabo de la paz pública, de la unidad de raza y de su nacional integridad.

Este sería el más grandioso monumento que entre el regocijado alborozo de las solemnidades se podría erigir en honor de los Próceres y en beneficio de la humanidad.

*
* *

Por este camino, el nobilísimo clero colombiano, ayudando al pueblo con meditaciones oportunas á conocerse perfectamente á sí mismo, lo que es, lo que pudo ser, lo que será poniendo en juego toda su potencialidad en orden á su providencial destino; avigorándole en sus magnánimos propósitos de interna renovación individual que se difunde y refleja en las altas esferas de la legislación, de la magistratura y del gobierno; y auxiliándolo para acometer cuanto antes tamaña empresa de universal restauración en Cristo, con redentoras obras é instituciones enaltecerá las fiestas del Centenario, contribuyendo á que sean no sólo muestras de gratitud hacia los Próceres, argumento de complacencia y júbilo para los ciudadanos, sino poderoso estímulo á todo género de adelanto ético, económico, científico, político, civil, en persecución del sublime ideal de la República cristiana.

Tales son las ideas, sentimientos y deseos que esta solemne ocasión abriga mi alma; y para que no queden estériles, invito á todos los amantes hijos de Colombia á rodear conmigo el trono de la Virgen Inmaculada, patrona de la República, suplicándole humildemente que los bendiga y fecundice con preciados y abundantes frutos.

Dios guarde á V. S.^a Ilustrísima,

MGR. RAGONESI

Bogotá, 15 de Mayo de 1910.

EL R. P. MIGUEL RUA

No quisimos registrar oportunamente la muerte del dignísimo sucesor de D. Bosco, porque esperábamos por menores de su enfermedad y de su muerte. Hoy ofrecemos á nuestros lectores, extractados de fuente segura, algunos datos sobre el curso de la enfermedad que llevó al sepulcro al Rector Mayor de la Pía Sociedad Salesiana:

Febrero 14—Este día celebró por última vez la santa Misa; díjola en la capillita contigua á su aposento.

Febrero 15—Oyó D. Rua y siguió en el misal la Misa que celebró D. Francesia y recibió de manos de éste la Santa Comunión. A medio día se levantó, pero después de una hora hubo de tomar nuevamente la cama. Entonces llamó al enfermero Sr. Balestra y le dijo: «Toma la correspondencia que está sobre la mesa y llévala á D. Rinaldi. Le dirás que de hoy en adelante la despache él, porque yo no puedo hacerlo ya.»

Febrero 16—D. Rinaldi envió á las casas salesianas una circular en que pide oraciones. D. Rua suplicó que le leyeran algunas páginas del *Boletín Salesiano*.

Febrero 18—D. Rua recibió la visita del Emmo. Cardenal Arzobispo de Turín.

Febrero 19—El Padre Santo envió á D. Rua la bendición apostólica.

Febrero 21—El médico Sr. Battistine dijo que D. Rua padecía *miocarditis senil*.

Febrero 23—Preguntáronle á D. Rua lo que pensaba de su enfermedad, y contestó: «Hágase la voluntad de Dios.» Antes de rezar las oraciones de la noche, D. Rua recitó con vivo sentimiento la canción *O Maria, quando ti miro*. ... *Abbracciata al tuo diletto*, tan conocida en las casas salesianas. El Padre Santo envió á D. Rua, nuevamente, la bendición apostólica.

Febrero 24—D. Rua recibió las visitas de Mons. Spandre, Obispo y Príncipe de Asti, y de Mons. Castrale, Obispo Auxiliar de Turín.

Febrero 25—Recordó D. Rua que este día era aniversario de la muerte de su hermano Luis, y dijo después de la cena: «Creía morir hoy, creía que mi hermano Luis vendría á llevarme.» Por la tarde llegó al Oratorio, Mons. Marengo, salesiano y Obispo de Massa Carrara.

Febrero 26—Llegaron al Oratorio el Emmo. Cardenal Mercier, Arzobispo de Malinas y Primado de Bélgica, y su auxiliar Mons. Wacter. Como el Cardenal era portador de una bendición especial del Papa para D. Rua, dio la bendición al enfermo, á quien besó repetidas veces la mano.

Febrero 28—Mons. Marengo partió para su Diócesis, después de haber recibido la bendición de D. Rua. Este fue visitado por el Illmo. Sr. Teodoro de los Condes Valfré de Bonzo.

Marzo 2—Se levantó D. Rua para que le arreglaran el lecho. Desde el 27 de Noviembre anterior se resignó á dormir en la cama, por obediencia al médico, pues durante muchos años durmió sobre un diván.

Marzo 4—D. Pagliere, Provicario de la Patagonia Septentrional, dijo á D. Rua: «¿Ama S. R. mucho á la América y á los Misioneros?» D. Rua le contestó: «Cierro, procuro amarlos como los amaba D. Bosco.» «Entonces, repuso D. Pagliere, concédame una bendición especial para todos.» «De mil amores, de mil amores, dijo D. Rua, y levantando la mano, dio la bendición.

Marzo 6—Recibió D. Rua las visitas de Mons. Resia, Obispo de Mondoví y de Mons. Marchesi Gavotti, Obispo de Casale.

Marzo 8—Comunicáronle á D. Rua la muerte de D. Lazzero.

Marzo 9.—D. Rua repitió con frecuencia esta frase: «D. Lazzero me llama. D. Lazzero me espera.»

Marzo 11.—Recibió D. Rua la visita del Emmo. Cardenal Maffi.

Marzo 15.—D. Rua se mostró inquieto al pensar que hacia un mes que estaba en cama, y llamó al enfermero, á quien dictó el siguiente horario que quiso seguir durante la enfermedad:

5. Despertador.

5.20 Misa, comunión y acción de gracias.

6.15 Meditación.

6.45 Descanso.

De 8 á 9. Visita de los médicos, desayuno, y algunas audiencias.

9. Medicinas, alguna audiencia y descanso.

12. Almuerzo y conversación.

2 p. m. Descanso.

3.30. Oración, lectura espiritual y alguna distracción.

4. Medicinas.

6. Descanso.

8. Cena, oraciones y disposiciones para la noche.

N. B.—Encárgasele al fiel coadjutor Balestra la observancia de este horario.

Es sobremanera edificante que el ilustre enfermo quisiera someterse á rigurosa regla hasta el último instante de la vida. ¡Qué amor entrañable á la mortificación!

Marzo 17.—Recibió D. Rua la visita de Mons. Filippello, Obispo de Ivrea.

Marzo 20.—Por ser Domingo de Ramos, D. Rua envió un ramo bendito á varios coöperadores, á quienes encargó decirles que era menester: «vencer todas las dificultades de la vida para llegar á obtener la última palma en el paraíso.»

Marzo 21.—El Padre Santo envió nueva bendición á D. Rua.

Marzo 23.—Dispuso D. Rua que al día siguiente, Jueves Santo, le fuera dada por viático la Santa Comunión.

Marzo 24.—D. Rinaldi administró el santo viático al enfermo. Después de haber pronunciado D. Rinaldi el *Misereatur* y el *Indulgentiam*, D. Rua hizo alguna señal para manifestar que deseaba hablar á los circunstantes, y dijo: «En esta circunstancia siento el deber de dirigiros algunas palabras. La primera es de reconocimiento por las oraciones que habéis hecho y continuáis haciendo por mí. Dios os lo pague, y os recompense también por lo que hacéis aún! Otra palabra quiero deciros, porque no sé si podré hablaros otra vez á todos juntos: os recomiendo que la hagáis, saber también á los ausentes. Yo rogaré siempre á Jesús por vosotros y espero que el Señor concederá la gracia que pido para todos y especialmente para los que están en el Oratorio y estarán en lo porvenir. Me interesa mucho que todos nos hagamos y nos conservemos dignos hijos de D. Bosco. D. Bosco en su lecho de muerte nos dio una cita 'Hasta la vista en el cielo.' Este es el recuerdo que nos dejó él, D. Bosco que-ría consigo á todos sus hijos, para ello nos recomendó tres cosas: Grande amor á Jesús Sacramentado. Viva devoción á María Santísima Auxiliadora. Grande respeto, obediencia y amor á los Pastores de la Santa Iglesia y especialmente al Sumo Pontífice.' Es este el recuerdo que yo también os dejo. Procurad haceros dignos de ser hijos de D. Bosco! Jamás dejaré de rogar por vosotros. Si el Señor me acoge en el paraíso con D. Bosco, como espero, rogaré por todos los de todas las casas, particularmente de ésta.»

Marzo 27.—Notáronse en el enfermo algunos fenómenos de embolia puntiforme, y perdió un poco la palabra y el conocimiento.

Marzo 28.—Propusieronle á D. Rua que recibiera la

extremaunción, y éste contestó: «Con gusto, con gusto,» y en seguida coge el Ritual. D. Albera le administró el santo óleo.

Marzo 30.—D. Rua quiso oír leer algunos apartes de los *Anales de la propagación de la fe*. Avisáronle que una anciana Hermana del Refugio deseaba verlo, pero que temían le fatigaran demasiado las visitas, á lo cual respondió D. Rua: «Sin embargo la caridad lo pide así, y no se puede hacer de otro modo.»

Abril 1.º.—A cuántos visitaron á D. Rua les decía éste: «Hasta vernos en el cielo.» A D. Marchisio, Director del Oratorio le dijo entre otras cosas: «Dirás á los niños que una grande gracia les ha hecho María Santísima trayéndolos á esta casa....» Y á D. Rinaldi: «Recomienda mucho á los Hermanos cuanto dije el día que recibí el santo viático.... A las Hijas de María Auxiliadora les dirás que la Santísima Virgen las ama mucho; que procuran conservar esta predilección de nuestra dulce Madre. Cuando yo muera, no es menester escribirles á los cooperadores una carta especial como se hizo por D. Bosco. Sin embargo deseo que se les diga que guardo toda la gratitud que les debo por el apoyo que han prestado á nuestras obras. Si D. Bosco dijo que sin ellos no habría hecho nada, ¿qué no debo decir yo, que soy un miserable? Estoy, pues, obligado á acordarme de ellos de un modo especial....»

Abril 2.—Recordó D. Rua que podía ganar una indulgencia plenaria especial, y dijo á quienes lo acompañaban: «Ayudadme para que yo pueda lucrarla. Sugeridme jaculatorias.... y aun cuando no esté en mí, dadme frecuentemente la absolución.» Luego preguntó á D. Albera: «¿Después de muerto dónde me colocaréis?» Y como D. Albera esquivara la respuesta, añadió D. Rua: «Te hacía esta pregunta porque el día del Juicio uni-

versal no querría dar muchas vueltas buscando mis huesos.»

Abril 4.—D. Rua repetía con frecuencia: «Estamos en las últimas.» Dijo á D. Rinaldi: «Te recomiendo llevar adelante las obras de índole social, especialmente las iniciadas para incremento de los Oratorios festivos y de los antiguos alumnos....» Llamó á D. Francesia y le dijo: «Toma el Ritual.... y encomiéndame el alma.» Luego dirigiéndose á D. Albera. «Si para morir se necesita sufrir más, no sé qué será de mí.»

Abril 5.—A las 2 a. m. empezaron las Misas en la capilla contigua al aposento del enfermo. Ocho sacerdotes celebraron sin interrupción y todos añadieron la oración *pro infirmo morti proximo*. D. Rua comulgó en la misa de D. Francesia, y terminada la Misa, D. Rinaldi pidió á D. Rua que bendijera una vez más á los Salesianos presentes y ausentes, á sus alumnos y á sus obras. El moribundo, con voz fuerte, pronunció la fórmula que solía usar D. Bosco: *pax et copiosa benedictio Dei Omnipotentis, Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, descendat super vos, et super omnes Salesianos, et alumnos, et cooperatores, et maneat semper, semper*, é hizo con la mano una gran cruz. *Amén*, respondieron todos los presentes. A las 8 a. m. ordenó que rezaran con él las oraciones de la mañana, y terminadas éstas, dijo: «Ahora.... cada cual dedíquese á sus propias ocupaciones, y confórmese en todo con la voluntad de Dios.» El día anterior D. Cerruti propuso á D. Rua que dedicara una jaculatoria al Sacratísimo Corazón de Jesús, á fin de que, enriquecida con indulgencias por el Padre Santo, fuera recitada por los Salesianos. D. Rua suplicó le presentaran escrita la jaculatoria, y habiéndosela llevado el día 5, D. Rua la repitió diciendo: *Cor Jesu Sacratissimum, ut bonos et dignos operarios Piae Salesianorum Societati mittere et in ea conservare digneris, Te rogamus audi*

nos. Después de medio día preguntó: «Cuándo moriré?» Tal vez esta tarde, según opinan los médicos, le respondieron. «Está bien, dijo D. Rua; por ahora dejadme tranquilo; no introduzcáis á nadie; recibiré únicamente á Mons. Morganti, á quien espero; entretanto me dispondré á cumplir la voluntad del Señor.» Un rato después agregó: «Ensayaré si puedo ir al paraíso durmiendo.» Cuando llegó al Oratorio Mons. Morganti, D. Rua lo abrazó y dijo por tres veces: «Ahora estoy contento.» Mons. Morganti pide á D. Rua la bendición, quien se la da, y después le dice: «Ahora tú á mí»; y recibe la bendición del Prelado. A las 8 p. m. los alumnos del Oratorio cantaron, antes de las oraciones de la noche, el conocido himno: *Presso l'augusto...* etc., que termina con el estribillo: *Don Bosco io vengo a te.* D. Rua al oír el canto abrió los ojos y repitió: «Sí, D. Bosco, también yo voy á tí.» A las 10 p. m. entró en agonía. Mons. Morganti se le acercó y D. Rua le dijo: «Si quieres darme la bendición, la recibiré agradecido.» Luego, esforzándose por fijar la mirada en el Prelado, díjole: «Vete á dormir.» A las 11 p. m. dio la última bendición á sus hijos presentes y ausentes.

D. Francesia creyó oportuno enviar saludos á varios Salesianos muertos, y D. Rua al oír el nombre de cada uno, levantaba la mano derecha y la dejaba caer en señal de afirmación. Continuaba hablándole D. Francesia, y le decía en voz alta: *Domine ad adiuvandum me festina.* D. Rua repetía: «*Sí, sí, festina, festina.*» Luego añadió D. Francesia: *Moriatur anima mea morte sanctorum.* Y D. Rua respondió: «*Iustorum, iustorum.*» La última jaculatoria que recitó D. Rua fue ésta que aprendió siendo niño, de labios de D. Bosco: «Dulce corazón de María, haz que salve el alma mía.» Y agregó: «Oh sí! salvar el alma, es todo; es todo, salvar el alma.» Y fueron sus últimas palabras. A

las dos de la mañana del día 6 empezaron las Misas en la capilla vecina al aposento; pero el moribundo ya no pudo comulgar. A las 8 a. m. los clérigos y niños que no habían podido acercarse á D. Rua durante la enfermedad fueron admitidos á besarle la mano. El desfile duró más de una hora, y hacía pocos minutos que había terminado, cuando á las 9 y 37' a. m. expiró D. Rua. La noticia de la muerte se difundió pronto por el mundo entero. Los honores fúnebres tributados en la capital del Piamonte á los despojos mortales de D. Rua, fueron manifestación grandiosa de la general y señalada estima que Italia tenía á este insigne benefactor de la humanidad. Cinco Obispos é inmensa multitud asistieron á las exequias. La prensa del mundo entero se apresuró á registrar la muerte del ilustre sucesor de D. Bosco.

No terminaremos esta relación sin recordar las atenciones que el M. R. P. Rua dispensó al Illmo. y Rvmo. Primado de Colombia, cuando en 1896 visitó el Oratorio de Turín en compañía del Illmo. Señor Pardo Vergara y de los señores Canónigos D. D. Salustiano Gómez Riaño y Eladio J. Jaramillo. Entonces asistió el Illmo. y Rvmo. Señor Herrera á una sesión solemne del catecismo de aquella ciudad, sesión que se verificó en el Oratorio. Tres años más tarde, en 1899, hallábase el Illmo. y Rvmo. Señor Arzobispo en Roma, con motivo del Concilio Plenario de la América Latina. El 11 de Junio de dicho año se consagró el Episcopado de la América Latina, al Sagrado Corazón de Jesús en la Iglesia de este nombre, y que está á cargo de los R.R. P.P. Salesianos. El Illmo. Señor Herrera celebró allí la Santa Misa, y ese día habló por última vez con el R. P. Rua.

Enviamos de corazón nuestro sentido pésame á la Pía Sociedad de San Francisco de Sales, por la muerte de su ilustre y digno Rector Mayor.

CÆREMONIALE PAROCHORUM

Juxta novissimas Apostolicæ Sedis sanctiones concinnatum

(Continuatio)

§ 3

De assistentia cum duobus tantum cappellanis in sacris constitutis.

1. Se conferunt duo cappellani ad ecclesiæ limina; suoque tempore primus episcopo aspergillum porrigit cum osculis, illudque eadem cæremonia recipit, postquam genuflexerit cum altero cappellano seque cruce signaverit.

2. Episcopum associant, sese uno gradu posteriores tenentes; primus libro addictus ad dexteram partem, ad sinistram alter.

3. Episcopo ad faldistorium genuflexo, secundus candelam assumit et ad ejus sinistram genuflectit vel sistit, prout commodius inserviet, folia canonis vertens, si occurrit; alter vero ad dexteram, genuflexus aut erectus pro ratione commodi, canonem sustinet. Post præparationem, primus cum canone, et cum candela alter, episcopo ac altari genuflectunt, ponunt canonem in medio altaris loco tabellæ apertum ad folium *Aufer* etc., et candelam a parte evangelii apud canonem.

4. Dein ad episcopum accedunt; alter crucem pectoralem ei aufert, quam eidem osculandam præbet, ponitque in altari; et primus mantelletum vel mozzettam, et ponit in genuflexorio vel faldistorio. Alter cappellanus vero, sumpta ex abaco lance cum aquæ urceo, et primus bacili cum mantili, ei manus lavant, debitis cum genuflexionibus ante et post. Post hoc, omnibus in credentia positus, alter cappellanus, per brevioram altaris medium ascendit; ibi genuflectit, et singularia paramenta primo cappellano

tradit, qui suo tempore sumpto amictu ambabus manibus in superiori parte, episcopo osculandum porrigit, eique in capite ponit; dein illum declinat super humeros, leniter collo aptat ita ut eo vestium collaria circumtegantur, chordulasque ligat ante pectus. Albam postea ei imponit, et cingulo corpori adstringit, ita ut æqualiter hinc inde defluat, et vestes contegat. His peractis, sinistra chordulam crucis pectoralis sumit, dexteraque eam episcopo osculandam porrigit, et postea ejus collo imponit, ita ut ante pectus pendeat (1). Sumpta postea stola, ambabus manibus eam episcopo osculandam præbet ubi crux media reperitur, illam eo modo aptat ut ejus collum non tegat (*Cærem. epp.*, lib. II, c. VIII, n. 12), nec transversa sit in modum crucis, sed æqualiter ante pectus pendeat, et ipsius extremitates cinguli chordulis firmantur; denique casulam ei imponit.

5. Hoc facto, alter cappellanus manipulo ab altari sumpto, in planum descendit ad sinistram episcopi, dum primus ad dexteram se confert; ibique genuflexi confessioni respondent.

6. Dum episcopus *Indulgentiam* dicit, cappellanus alter surgit, completaque dicta oratione, osculatur a latere manipulum, episcopo in medio osculandum porrigit, brachio illum alligat, osculans dein illi manum. Facta confessione, surgunt, ad altare ascendunt, atque episcopo assistunt, stantes ad ejus latera.

7. Secundus cappellanus mox palmatoriam sumit, quam tantum in quibusdam casibus deponit, ut infra dicetur; tenensque illam numquam genuflectit; sed genuflectere volens illam dum genuflectit deponit in mensa. Alter e contra ad dexteram assistit, canonis et missalis folia suo tempore vertens.

(1) Archiepiscopus, missam celebraturus, pectoralem crucem supra planetam gestare nequit, juxta cærem. epp. et decreta 3310; 3373.

8. Graduali lecto, alter cappellanus non descendit, sed sine genuflexione se confert primo in medio altaris una cum celebrante dicturo *Munda cor meum*, postea in cornu evangelii, quo primus cappellanus missale transfert, et ad dexteram episcopi se recipit. Sacro textu lecto, cappellanus secundus palmatoriam mox deponit, ambaque manibus missale sublevat, et episcopo osculandum porrigit; deinde, eo iterum in legili reposito, palmatoriam reassumit, episcopum associat, eique assistit ad *Crede* et alia occurrentia. (1)

9. Primus cappellanus, facta cum celebrante ad verba *Et incarnatus est* genuflexione, ad abacum se confert, calicem sumit cum suo velo, et ad altare illum gerit; corporale extrahit et explicat in medio, postquam bursam apud altaris gradum in cornu evangelii posuerit; deinde calicem velo suo exuit. Dum episcopus offertorium legit, dictus cappellanus pallam apud corporale deponit; postea utraque manu patenam sumit, et illam episcopo cum osculis offert. Purificatorio calicem abstergit, et vinum in eo infundit; elevatam postea tenens aliquantulum aquæ ampullam erga episcopum, dicit: *Benedicite, pater reverendissime*; et aliquas aquæ guttulas in calicem infundit; et purificatorio parietes internos calicis abstergit, quem suo tempore porrigit.

10. Posito ab episcopo calice super corporali, primus cappellanus illum palla cooperit, et purificatorio illam patenæ partem similiter cooperit, quæ extra corporale manet; deinde se ad abacum confert ut ampullas deponat.

11. Secundus cappellanus, quem episcopus recitare incipit verba *In spiritu humilitatis*, palmatoriam apud ca-

(1) Celebrante episcopo, nulli etiam magno principi aut prelato, missæ presentî, datur osculandus, post lectum evangelium, libere missalis; quod si adesset aliquis maximus princeps vel S. R. E. Cardinalis, alius liber consensit illi esset porrigendus.

nonem ponit, descendit, pergit ad abacum, urceum cum lance sumit; seque ad sinistram alterius cappellani tenens, qui jam mantile sumpsit, ambo ad episcopum se conferunt pro lotionem manuum. (1)

12. Post hæc ad altaris medium pergunt, ubi genuflectunt in plano; postea primus ad episcopi dexteram se confert, et alter ad sinistram cum palmatoria. Secretis lectis, secundus canonem assumit et in legili collocat loco missalis, et ad hoc auxilium ei præstabit cappellanus primus; qui sumpto missali se post episcopum confert, et paulisper exspectat ut auferat ei pileolum ante præfationem; postea genuflectit, pergitque ad pileolum et missale in abaco ponendum.

(Continuabitur)

MI NUEVO COADJUTOR

Sucesos de la vida de un anciano párroco irlandés

NOVELA ESCRITA POR PATRICIO HEEHAN

(Continuación)

—Con referencia á la historia de los Setenta — dijo el maestro de conferencias, — me parece que ha sentado usted una afirmación que no resiste á la crítica. Ya sabe, por de contado, que Justino, mártir y apologista, declaró haber visto personalmente las celdas donde los Setenta estuvieron encerrados por orden ó á petición de Tolomeo Filadelfo. Después de esto, ¿cabe considerar como apócrifa la carta de Aristeo?

—Por de pronto, el que un hecho referido en esa car-

(1) Si adessent familiares episcopi vel alius clericus, secundus cappellanus ab altari non recedit; cum in hoc casu duo familiares aut clericus urceum offerret, et primus cappellanus mantile.

ta sea exacto, no prueba la autenticidad completa de la carta. Además, la frase que usted atribuye á Justino, pudiera no ser de él.

—¿Cree usted que los nombres de los setenta ancianos no son auténticos?

—No tengo la menor duda.

—Entonces, ¿usted consideraría la versión de los Setenta como una traducción muy imperfecta de la Antigua Ley?

—Por lo menos no la aceptaría sino en aquellos extremos en que concordase con la Vulgata y con los manuscritos.

—Sin embargo, usted sabe que era de uso general, entre los judíos ilustrados, muchos años antes de la venida de Nuestro Señor; más aún: se la puede considerar como uno de los medios empleados por la Providencia para ir sembrando la semilla del Evangelio entre los judíos de Grecia y de Alejandría.

—Eso no prueba nada.

—Eso prueba una cosa: los hebreos, como todo el mundo sabe, guardaban respeto escrupulosísimo hacia cada una de las palabras de la Biblia, y aun hacia las letras y los puntos y vírgulas.

—Dispénsame; antes de la venida de Nuestro Señor los hebreos no usaban los puntos ni las vírgulas.

—Es una afirmación muy aventurada —dijo, con el semblante encendido, el maestro de conferencias.

—Es un hecho; apelo á Su Excelencia.

—¡Dios mío! —exclamó diplomáticamente el prelado.— Parece que es esa la opinión admitida pero todo esto se pierde en la noche de los tiempos y en la penumbra de la historia.

Esta contestación me pareció admirable.

—Pasemos á otro punto, —murmuró el maestro de

conferencias, tan nervioso como intranquilo.—Creo que usted ha sentado afirmaciones que difícilmente pueden ser aceptadas por los católicos.

El Padre Duff escuchaba.

—Usted ha dicho que, estudiando la historia de la Biblia del mismo modo que interpretando los Libros Sagrados, hemos de tener en cuenta los descubrimientos y las conclusiones de la ciencia moderna.

—Perfectamente.

—Hablando claro: ¿es que debemos adoptar las conclusiones de las escuelas racionalistas de Alemania, y desterrar completamente de la Biblia el elemento sobrenatural?

—Dispénsame; creo que no es lógica semejante conclusión. Sobre este punto hay entre los católicos dos escuelas frente á frente. La una sostiene, con Kaulen de Bonn, que las conclusiones de la crítica moderna resultan completísimamente erróneas, hasta el extremo de que los estudiantes deben hacer caso omiso de ellas. La otra, por el contrario, defiende que debemos leer la Biblia á la luz de la exégesis moderna. La Encíclica *Providentissimus Deus*, del actual Pontífice León XIII, siendo un documento oficial, debió cerrar la controversia; pero los hombres se aferran mucho á las opiniones propias, y en Alemania cada una de las dos escuelas presenta la Encíclica como argumento en pro de su respectiva tesis. El profesor Emiliano Schöpfer publicó inmediatamente después de la aparición de la Encíclica, un libro (*Biblia y Ciencia*), en el cual mantiene que la enseñanza de las ciencias naturales puede servir á los católicos, no ya para confirmar la verdad de lo que encierra la Biblia, sino también para interpretar el verdadero sentido de la misma. Fue combatido, según antes manifesté, por Kaulen de Bonn. Después hubo otra batalla entre Schanz de Tübinga y Schell de Wurtzbur-

go. «La Encíclica no acepta ningún principio nuevo de interpretación,» decía el primero. «El principio de investigación científica ha sido reconocido y debe ser aplicado,» objetaba el segundo. Un protestante, Kōnig de Rostock, terció en este debate católico, y solicitó y obtuvo setenta opiniones que acerca del libro de Schöpfer formularon los más ilustres sabios de Alemania, Austria, Francia, Irlanda y América; las cinco sextas partes de estos sabios estuvieron de acuerdo con la opinión del autor.

—Podía usted añadir, señor Duff, —exclamó mi coadjutor, que seguía la discusión con vivo interés, pero sin pronunciar palabra, —que casi todos los sabios consultados censuraron á Schöpfer por ignorar el *consensus patrum* y por manifestar tendencias francamente racionalistas.

Todo el público se despabiló ante este nuevo incidente; el maestro de conferencias respiró, como si le hubiesen quitado un peso de encima. El señor obispo avanzó el cuerpo para oír mejor.

(Continuará)

α MISCELANEA 2

Santa Visita—El 23 de los corrientes sale de esta ciudad el Illmo. y Rđmo. Señor Arzobispo, para visitar algunas parroquias del Norte. Recordamos á los señores Sacerdotes de ambos cleros, que el M. I. Señor Vicario General ha ordenado que durante la Visita Pastoral sea recitada en la Misa, como imperada, la oración *Pro peregrinantibus et iter agentibus* en lugar de la oración *Pro quacumque necessitate*.

República de Colombia (Bogotá)

LA IGLESIA

ORGANO OFICIAL DE LA ARQUIDIOCESIS DE BOGOTA

Año V—Vol. V { Septiembre 1.º de 1910 } Núm. 16

Arquidiócesis de Bogotá—Gobierno Eclesiástico—Número....
Bogotá, 22 de Agosto de 1910

CIRCULAR

Señor Cura de....

Pongo en conocimiento de usted que desde mañana hasta el regreso del Illmo. y Rmo. Señor Arzobispo de la Santa Visita Pastoral, la oración imperada será la de la Misa *Pro peregrinantibus vel iter agentibus*.

Dios guarde á usted.

SALUSTIANO GÓMEZ RIAÑO

Sagrada Congregación de Religiosos

Acerca de la recta interpretación de las Declaraciones que la S. C. de Religiosos dictó sobre el artículo VI del Decreto *Auctis admodum*, con fecha 7 de Septiembre de 1909 (1), han sido propuestas las siguientes dudas:

1.ª Si dichas Declaraciones se refieren únicamente á las casas religiosas de estudios, en Italia; ó si son extensivas á todas las casas religiosas del mundo católico.

2.ª Si á tales Declaraciones deben conformarse solamente las Congregaciones Religiosas que tienen profesión de votos; ó si obligan también á aquellas Congregaciones

(1) Véase LA IGLESIA. Vol. v, págs. 134 y siguientes.